
Revista de Aragón

SUMARIO.—*Cuatro palabras*, por los **Directores de la Revista de Aragón.**—*Recuerdos de mi vida* (caps. I y II), por **D. Santiago Ramón y Cajal**, página 355.—*El impuesto de consumos sobre el vino* (II), por **D. Marceliano Isábal**, pág. 365.—*Nueva sociedad científica*, por el **Rdo. P. Longinos Navás**, página 367.—*La filosofía en el siglo XIX* (continuación), por el **Dr. Grafilinks**, pág. 370.—*Antigüedades aragonesas*, por **Micer Juan el Zaguer**, pág. 377.—*Sobre lo de Marruecos* (conclusión), por **D. Julián Ribera**, pág. 380.—*Excursiones por Aragón*, por **D. Juan Moneva Puyol**, pág. 385.—Índice del tomo de este año, pág. 393.

CUATRO PALABRAS

Nuestra REVISTA ha llegado felizmente al fin del año segundo de su existencia sin fatiga ni cansancio: el camino es muy ligero cuando se va con la agradable compañía de un público benevolente que anima con su adhesión. La lista de suscritores se alarga de modo muy sensible, y los trabajos con que nos honran insignes colaboradores, son cada vez más variados y de mayor alteza y mérito.

Nuestra gratitud á unos y á otros, en vez de mostrarse con palabras, se probará con obras: la REVISTA desde el principio de año será mayor, sin alterar las antiguas condiciones ni mucho menos el precio, es decir, que continuará tratando los mismos asuntos aproximadamente, y ofreciendo además nuevas secciones científicas donde se inserten, bien trabajos originales, bien comunicaciones y noticias de los progresos ó novedades que se ofrezcan en materias históricas, filosóficas y literarias, especialmente.

Al efecto, se aumentará el número de folios, en la medida necesaria (hasta el doble de las páginas actuales, si es preciso), al propio tiempo que se mejorarán los tipos de impresión para la más cómoda lectura. El público podrá apreciar la baratura inverosímil de la REVISTA DE ARAGÓN, que al fin de año formará un volumen de cerca de 700 páginas en 4.º mayor, cuyo coste será de **5 pesetas**, en Zaragoza.

Nuestro propósito al añadir estas secciones ha sido el de ofrecer la REVISTA como órgano del renacimiento científico en Aragón. La REVISTA puede ser un medio para comunicarse todos los que, trabajando en cualquier materia con sincero amor á la verdad y buenos métodos científicos, deseen mantener vivo el desinteresado culto de la ciencia.

Esta no es un ente que vague errabundo por la región de los aires: la ciencia, en sustancia, es la propia actividad del espíritu en cuanto éste coordina sus bien fundados conocimientos; es, por consiguiente, vida, y como tal exige renovación constante: no hay que empeñarse en respirar una misma y cerrada atmósfera; debemos tener abiertas las ventanas para recibir de continuo el oreo vivificador de ajenas doctrinas. Mantendremos la amplitud de criterio que han podido observar nuestros lectores: el entendimiento necesita ancho espacio donde, con libre y espontáneo ejercicio, adquiera fortaleza y vigor: única manera de que sus hijos no sean miserables y enclenques.

Condición del trabajo científico es, también, la paz. Huiremos de todo ruido y acaloramiento que suelen acompañar al choque de los contrarios intereses que en el mundo se agitan con resonante lucha. Dios nos libre de penetrar en los hogares en son de guerra y con el palpitante agitado y estéril de las disputas: si alguna autoridad tuviese nuestra voz, sería empleada para aconsejar á todos la fórmula de armonía y de paz, condición para que el organismo social se beneficie con el trabajo.

Y nada más.

A nuestros constantes lectores hemos de decirles que no les faltarán (lo esperamos de la benevolencia y cariño con que nos distinguen nuestros meritisimos colaboradores) la gracia culta y delicada de las preciosas novelitas de D. Mariano Baselga; ni la infantil sencillez de los populares cuentos de Z.; ni las intencionadas y agudas lucubraciones del peregrino ingenio de Moneva; ni las frescas y juveniles ocurrencias de la alegre musa de Casañal y del estro de Ruiz de Velasco; ni las festivas y galanas composiciones de Sixto Celorrio y Sánchez Pérez; ni la erudición y sabiduría de D. Alberto Gómez (Dr. Grafilinks), que acierta á traducir en claras fórmulas los más abstrusas problemas de la filosofía; ni los doctísimos trabajos de los orientalistas aragoneses D. Francisco Codera y D. Miguel Asín; y sobre todo (á parte de otras valiosísimas colaboraciones, como la del sabio arqueólogo D. Mariano de Pano, la del prestigioso abogado y hombre público D. Marceliano Isábal, la del eminente médico Dr. Gómez Salvo, la del distinguido militar D. Leandro Mariscal, la del estudioso joven Sr. Juncosa, etc., etc.) pueden contar nuestros abonados con la conversación amenísima é instructiva de D. Santiago Ramón y Cajal, en la que nos irá refiriendo las interioridades de su interesante vida, con esa simpática franqueza que suelen usar los hombres de mérito que poseen un corazón honrado.

¡Qué satisfacción tan grata sería para nosotros, la de ofrecer á todo Aragón el más preciado fruto de sus ingenios más esclarecidos! A todos, público y colaboradores, expresan profunda gratitud

LOS DIRECTORES DE LA REVISTA DE ARAGÓN.

RECUERDOS DE MI VIDA

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO I

Mis padres, el lugar de mi nacimiento y mi primera infancia

Nací el 1.º de Mayo de 1852 en Petilla de Aragón, humilde lugar de Navarra, enclavado por singular capricho geográfico en medio de la provincia de Zaragoza, no lejos de Sos. Los azares de la profesión médica llevaron á mi padre, Justo Ramón Casasús, aragonés de raza y de carácter, y modesto cirujano por entonces, á la insignificante aldea donde vi la primera luz, y en la cual transcurrieron los dos primeros años de mi vida.

Fué mi padre un carácter enérgico, extraordinariamente laborioso, emprendedor, lleno de iniciativas, y de noble ambición. Apesadumbrado, en los primeros años de su vida profesional, de no haber logrado, por escasez de recursos, acabar el ciclo de sus estudios médicos, se propuso economizar, aun á costa de grandes privaciones, lo necesario para costearse el complemento de su carrera, y conseguir un día sustituir el humilde título de cirujano de segunda clase por el hermoso y flamante diploma de médico cirujano.

Sólo más adelante, cuando yo frisaba en los 6 años de edad, dió cima á su loable empeño. Por entonces (corrían los años de 1849 y 1850), todo su anhelo era hacerse cirujano de acción y operador de renombre; y consiguió pronto sus propósitos, pues la fama de sus curas y de sus atinados diagnósticos, extendióse luego por una gran parte de Navarra y del alto Aragón, granjeando con ello, además de la satisfacción de la negra honrilla, algunas modestas utilidades.

El partido médico de Petilla era de los que los médicos llaman *de espuela*: tenía anejos; y la ocasión de recorrer á diario los montes de su término, poblados de abundante y variada caza, despertó en mi padre las aficiones cinegéticas, dándose al cobro de liebres, conejos y perdices, con aquel celo y conciencia que ponía en todas sus empresas. No tardó, pues, en monopolizar en todos aquellos contornos el bisturí y la escopeta.

Con los ahorros proporcionados por el uno y la otra, ó digamos las perdices y los clientes, pudo ya, cumplidos los dos años de estancia en Petilla, comprar un modesto ajuar y contraer matrimonio con una doncella paisana suya, de quien hacía muchos años andaba enamorado.

Era mi madre, al decir de las gentes que la conocieron de soltera, una hermosa y robusta montañesa, nacida y criada en la aldea de Larrés, situada en las inmediaciones de Jaca, casi camino de Panticosa. Habíanse conocido de niños (pues mi padre era también de Larrés), intimaron y simpatizaron de adultos, y resolvieron formar un hogar común, en cuanto el modesto peculio de entrambos, que había de crecer con el trabajo y la economía, lo consintiese.

La ley de herencia da, de vez en cuando, bromas pesadas. Parecía natural que los hijos hubiésemos representado, así en lo morfológico como en lo intelectual y moral, una diagonal ó término medio entre los progenitores; no ocurrió así desgraciadamente, y de la belleza incomparable de mi madre, belleza que yo todavía alcancé á ver, y de sus excelentes prendas de carácter, ni un solo rasgo se conserva en los hermanos. Sólo nuestra hermana Jorja heredó los hermosos y expresivos ojos de mi madre. Los demás hermanos somos, tanto en lo físico como en lo intelectual, la reproducción perfecta de mi padre, repitiendo hasta la saciedad sus rasgos fisionómicos y morales; circunstancia que nos ha condenado, en nuestra vida de familia, á un régimen de monotonía molesto y aburrido.

En efecto, la conformidad de gustos, de aptitudes y de inclinaciones, en vez de ser motivo de armonía y de paz, es causa frecuente de disgusto y desavenencia; porque cada cual, por tendencia natural de su espíritu, busca en los demás aquello que él mismo no posee, y se aburre y disgusta al ver repetidos en los otros los defectos de que adolece, sin la compensación de hallar las virtudes y talentos que la naturaleza le negó. A la manera del concierto musical, la armonía moral resulta, no del unísono vibrar de muchos diapasones, sino de la combinación de notas diferentes. Por mi parte, siempre he sentido antipatía contra esas familias homogéneas, cuyos miembros parecen cronómetros fabricados por la misma mano, los cuales adelantan ó retrasan sincrónicamente según la estación, y en quienes, una palabra lanzada por un extraño, provoca una reacción mental uniforme, subrayando y acentuando los demás la frase dada por uno de ellos, como si las lenguas de la familia entera estuviesen unidas por un hilo eléctrico y regidas por un solo cerebro. Afortunadamente, y en lo referente á nosotros, la heterogeneidad del medio moral, es decir, las condiciones algo diversas en que cada uno de mis hermanos ha vivido, nos han preservado en gran parte de los males y fastidios inherentes á la uniformidad.

Heredé de mi padre el culto á la voluntad, la convicción de que el querer es poder; que el esfuerzo enérgico y reiterado en una determinada dirección, es capaz de modelar y esculpir desde el músculo hasta el cerebro, supliendo deficiencias de la naturaleza y domeñando hasta la fatalidad del carácter, que es el fenómeno más tenaz y recalcitrante de la vida. De él adquirí también la hermosa ambición de ser algo, y la decisión de no reparar en sacrificios para el logro de mis aspiraciones, ni torcerme jamás de mi trayectoria por motivos segundos y causas menudas. De sus prendas mentales, faltóme, empero, la más valiosa quizás: su extraordinaria memoria. Tan grande era, que, cuando estudiante, recitaba de coro libros de patología en varios tomos, y podía retener, después de una mera y rápida lectura, listas con cientos de nombres tomados al azar. Con ser grande su retentiva natural ú orgánica, aumentábala todavía á favor de ingeniosas combinaciones nemo-técnicas parecidas en cuanto al fondo, pero superiores en cuanto á la forma, á las tan celebradas y artificiosas del abate Moigno.

Para juzgar de la entereza y constancia de mi padre, bastará recordar en

breves términos su historia. Hijo de modestos labradores de Larrés (Huesca), con hermanos mayores, á los cuales, por fuero de la tierra, tocaba heredar y cultivar los campos del no muy crecido patrimonio, tuvo que abandonar desde muy niño la casa paterna, entrando á servir en concepto de mancebo, á un cirujano de Javierre de Latre, aldea no muy lejana de Anzánigo y ribereña del Gállego. Aprendió allí el oficio de barbero y sangrador, pasando en compañía de su amo, un excelente cirujano, ocho ó diez años consecutivos.

Otro que no hubiese sido él, hubiera dado su carrera como definitivamente terminada ó hubiera tratado de obtener, como término de sus aspiraciones académicas, el humilde título de ministrante; pero su ambición rayaba más alto. Las brillantes curas echas por su amo, la lectura asidua de cuantos libros de cirugía topaba (de los cuales había copiosa colección en la estantería del huésped), el cuidado y asistencia de los numerosos enfermos de cirugía y medicina que su patrón, sabedor de su excepcional aplicación, le confiaba, despertaron en él una vocación decidida por la carrera médica.

Decidido, pues, á salir de una vez de la bajeza y humildad de su situación, y deseando ansiosamente el logro de sus ensueños ambiciosos, un día (frisaba ya en los 22 años), sorprendió á su amo con la demanda de su modesta soldada, y despidiéndose de él, emprendió á pie el viaje á Barcelona, en donde halló por fin, tras muchos días de privación y abandono (en Sarriá), una barbería cuyo maestro le consintió asistir á las clases y seguir la carrera de cirujano.

A costa, pues, de la más absoluta carencia de vicios, y por virtud de una economía inverosímil, y sin más rentas que su salario y los exiguos gajes de su mancebía de barbero, logró mi padre el codiciado diploma de cirujano, con nota de sobresaliente en todas las asignaturas, y siendo un modelo insuperable de aplicación y de formalidad. Allí, en esa lucha sorda y oscura por la conquista del pan del cuerpo y del alma, bordeando no pocas veces el abismo de la miseria y de la desesperación, respirando esa atmósfera de indiferencia y despegue que envuelve al talento pobre y desvalido, mi padre aprendió *el terror de la pobreza* y la doctrina *del positivismo á todo trance*, que más tarde, por reacción mental de los hijos, tantos disgustos había de proporcionarle y proporcionarnos.

Sólo más adelante, casado ya, padre de cuatro hijos, y regentando el partido médico de Valpalmas (provincia de Zaragoza), coronó definitivamente sus aspiraciones, al recibirse de doctor en Medicina, después de sufrir en Madrid, aunque sin consecuencias para su brillante hoja de estudios, los enervantes y dolorosos efectos del austerísimo Dr. Santero, coco de estudiantes, terror de cirujanos, dictador de San Carlos, árbitro de los Tribunales, y á quien se temía principalmente por la severidad y encono con que juzgaba á cuantos no tenían la fortuna de comprender ó estimar su oscura, enfática y estrafalaria doctrina médica, así supiesen más patología que Hipócrates y discurriesen mejor que Aristóteles.

Cuento estos rasgos de la biografía de mi padre, porque, sobre ser honrosísimos para él, constituyen también antecedentes necesarios de mi histo-

ria. Es indudable que, prescindiendo de la influencia hereditaria, los actos, las ideas y ejemplos del padre, representan condiciones decisivas del medio moral en que los hijos se crían, y causas principalísimas de los gustos é inclinaciones de éstos.

De mi pueblo natal, así como de los dos años pasados en Larrés y Luna, no conservo apenas memoria. Mis primeros recuerdos, bien que vagos y nebulosos, se refieren al lugar de Larrés, al cual se trasladó mi padre dos años después de mi nacimiento, halagado con la idea de ejercer la profesión en su pueblo, rodeado de sus amigos y parientes. En Larrés, nació mi hermano Pedro, actual catedrático de la Facultad de medicina de Zaragoza. De él hablaré más detenidamente en el curso de esta historia, no sólo por haber sido compañero natural de glorias y fatigas durante mi niñez y adolescencia, sino porque, según veremos en el curso de esta historia, en él hallará también el lector otro curioso caso de educación romántica.

Una travesura hecha cuando yo tenía tres años escasos, pudo atajar trágicamente una vida en sus albores, dando al traste con las lisonjeras esperanzas que mis padres habían cifrado en su primogénito.

Hallábame jugando en una era próxima al pueblo, cuando tuve la endiablada ocurrencia de sacudir un palo á un caballo; éste que era loco y resabiado, defendióse tirándome una furiosa cox que recibí en la frente; caí sin sentido, bañado en sangre, y quedé tan mal parado que me dieron por muerto. La herida resultó gravísima; pero pude sanar, aunque á duras penas, haciendo pasar á mis padres días de dolorosa inquietud. Fue ésta mi primera travesura; luego veremos que no debía ser la última.

CAPÍTULO II

Una excursión á mi pueblo natal.—La pobreza de mis paisanos.—Un pueblo que parece un símbolo de España.—Caridad social y caridad de raza.

Aun cuando trunque y altere el buen orden de mi relato, diré ahora algo de mi aldea natal, la cual, conforme dejo consignado, abandoné á los 2 años de edad. De mi pueblo, por tanto, á nadie conozco, ni guardo recuerdo alguno. Por otra parte, mis relaciones ulteriores con el nativo lugar no han podido contribuir á subsanar esta involuntaria ignorancia mía, toda vez que se han reducido solamente á solicitar, recibir y pagar una serie inacabable de *fées* de bautismo. Carezco, pues, de distrito electoral propio y cuasi de patria chica (en virtud de la rareza ya mentada, de pertenecer Petilla á Navarra, no obstante estar enclavado en Aragón). Desgracia grande si me hubiera dado el naipe por la política; pero ventaja para mis sentimientos patrióticos que han podido correr más libremente por el ancho y generoso cauce del españolismo abstracto.

Así y todo, y después de confesar que mi amor por la patria grande supe-
pera con mucho al que profeso á la patria chica, he sentido más de una vez

vehementes deseos de conocer la aldea donde nací. Mejor empleados fueran estos mis amorosos anhelos, si la fortuna se hubiera dignado lanzarme al mundo en una gran ciudad, henchida de glorias históricas, adornada de monumentos grandiosos é ilustrada por genios; pero yo no pude escoger y debí contentarme con mi aldea, tosca y humilde, la cual tendrá siempre para mí el supremo prestigio de ser el pedazo de tierra donde ví la primera luz, el horizonte que sirvió de escenario á mis primeros juegos infantiles, y la decoración con que la naturaleza hirió mi retina virgen, apenas desentumecida de la pasividad é inconsciencia del estado de germen humano.

Impulsado, pues, por tan naturales sentimientos, emprendí, hace pocos años, un viaje á Petilla. Después de determinar cuidadosamente su posición geográfica, lo que fué arduo trabajo, y estudiar el enrevesado itinerario (tan escondido y fuera de mano está mi pueblo), púseme en camino. Mi primera etapa fué Jaca, la segunda Verdún y Tiermas (villa célebre por sus baños termales y ribereña del Aragón) y la tercera y última Petilla.

Hasta Verdún y Tiermas hay una hermosa carretera que se recorre en los coches que hacen el trayecto de Jaca á Pamplona; pero la ruta de Tiermas á Petilla, larga de unas tres leguas, es sumamente escabrosa y accidentada, verdadera senda de herradura, que flanquea montes escarpadísimos, y cortan, y casi borran del todo, en muchos parajes, ramblas y barrancos.

Caballero en un mulo, y escoltado por peatón práctico en el terreno, hice mi viaje cruzando angostos valles, en parte arrasados por recientes y furiosas tempestades y por avenidas de torrentes. Para apagar la sed y calmar el calor, hice escala en dos ó tres humildes aldehuelas cuyos habitantes lamentaban aún los furores y estragos de la pasada tormenta; y caída ya la tarde, llegué hasta la vista del empinado monte donde se asienta el pueblo.

A medida que nos aproximábamos á la aldea natal, apoderábase de mí inexplicable languidez y melancolía, y que llegó al colmo cuando me hizo escuchar el guía el tañido de la campana, tan extraña y forastera á mi oído, como si jamás lo hubiera impresionado. No dejaba, en efecto, de ser algo extraña mi situación moral. Al regresar al pueblo natal, todos los hombres sienten los síntomas de la próxima alegría y saborean anticipadamente el placer de la suprema efusión producida por el choque de almas apartadas por la distancia, aunque eternamente presentes por el recuerdo y el amor; todos esperan hallar en el abandonado hogar la ternura de los ancianos padres, ansiosos de abrazar al hijo ausente tantas veces llorado; todos anhelan estrechar las manos de los camaradas de la infancia y adolescencia, y reconfortar el alma con el recuerdo de pasadas y comunes hazañas y travesuras; todos, en fin, arden en deseos de recorrer alegremente las calles, la iglesia, la fuente y los alrededores del lugar, en los cuales cada árbol y cada piedra evoca un recuerdo de alegría ó de pena, y se enlaza con un interesante episodio de nuestra niñez.—Yo solo,—me decía,—tendré el triste privilegio de hallar á mi llegada el reposo de las almas y la indiferencia de los afectos. Nadie me espera, porque nadie me conoce. A mi visita ningún corazón precipitará sus latidos y ningunos brazos se tenderán hacia el extraño forastero,

tardío visitador de un lugar que abandonó sin pena, que jamás quiso conocer, y que hoy explora por malsana é impertinente curiosidad.

Absorto en tan tristes cavilaciones surgió á mi vista el panorama de Petilla.

Es Petilla uno de los pueblos más pobres y abandonados del alto Aragón, sin carreteras ni caminos vecinales que lo enlacen con las vecinas villas aragonesas de Sos y Uncastillo, y con la más lejana de Aoiz, cabeza de partido á que pertenece. Sólo sendas ásperas y angostas conducen á él, y sus naturales desconocen el uso de la carreta. Extraño y forastero para los pueblos aragoneses que le rodean, tiénenlo por igual abandonado los navarros, quienes, inspirándose en ese criterio de ruín egoísmo tan castizamente español, excusan su abandono diciendo que la construcción de una carretera que estableciese comunicación entre Aoiz y Petilla, cedería en provecho de muchos pueblos aragoneses, entre los cuales yace, como perdida, mi nativa aldea.

Álzase ésta casi en la cima de enhiesta montaña, estribación de una próxima y empinada sierra, derivada á su vez, según noticias recogidas sobre el terreno, de la cordillera de la Peña y de Gratal.

El panorama, que hiere los ojos al asomarse al pueblo, no puede ser más romántico y á la vez más triste y desolado. Más que abrigo de rudos y alegres aldeanos, parece aquello lugar de expiación y de destierro. Una gran montaña, áspera y peñascosa, de pendientes descarnadas y abruptas, llena con su mole casi todo el horizonte; á los pies del gigante y, bordeando la estrecha cañada y accidentado sendero que conduce al lugar, corre rumoroso un arroyo nacido en la vecina sierra; los estribos y laderas del monte, única tierra arable de que disponen los petillenses, muéstranse como rayados por una infinidad de estrechos campos trabajosamente defendidos de los aluviones y lluvias torrenciales por robustos contrafuertes y paredones; y allá en la cumbre, como defendiendo la aldea del riguroso cierzo, cierran el horizonte y surgen imponentes, colosales peñas de forma de tajantes hoces, especie de murallas ciclópeas puestas allí por algún terrible cataclismo geológico. Al amparo de esta defensa natural, reforzada todavía por un castillo feudal actualmente en ruinas, se levantan las humildes y pobres casas del lugar, en número de 40 á 60, cimentadas sobre rocas, y separadas por calles irregulares cuyo tránsito dificultan grietas, escalones y regueros abiertos en la roca por el violento rodar de las aguas torrenciales. Al contemplar tan mezquinas moradas, siéntese una impresi6n de honda tristeza. Ni una maceta en las ventanas, ni el más ligero adorno en las fachadas, nada, en fin, que denote algún sentido del arte, alguna aspiraci6n á la comodidad y al confort. Bien se echa de ver, cuando se traspasa el umbral de tan mezquinas viviendas, que los rudos campesinos que las habitan gimen condenados á una existencia dura, sin otra preocupaci6n que la de procurarse, á costa de rudas fatigas, el cuotidiano y frugalísimo sustento.

Desgraciadamente, no es mi pueblo una excepci6n de la regla; así viven también, con leves diferencias, la inmensa mayoría de nuestros aldeanos. Para ellos no existen los placeres intelectuales, que tan agradable hacen la

vida, y cuya brevedad compensan. Asomados á nuestros libros y periódicos, y contemplando los dibujos, relaciones y fotografías de lugares lejanos, asistimos con la imaginación á todas las escenas y espectáculos del mundo, haciendo nuestros, en cierto modo, los placeres de la Humanidad entera! Hay algo más triste que la miseria, y es la soledad mental, la simplicidad y rudeza de alma de nuestros pobres campesinos! El arte y la comodidad, y aun la ciencia misma, son los preciados gajes de la riqueza y del bienestar: goces de burgueses, satisfacciones que no alcanza jamás ni sospecha siquiera nuestro pueblo, condenado á vegetar tristemente en la estrechez ó en la miseria, agobiado por las exacciones del fisco, las codicias de la usura y las inclemencias de un suelo árido y eternamente sediento.

Por un contraste chocante, en una aldea en donde la escuela está reducida á un cuartucho destartado y angosto, y en que hasta la iglesia es pobre y menguada, álzase orgullosa una casa nueva, mansión cómoda, holgada y hasta espléndida, á la cual encuadra y adorna, por el lado del campo, frondoso huerto y ameno y vistoso jardín: tal es la abadía ó casa del cura, construcción donada al pueblo por una señora tan piadosa como adinerada, á fin de que sirviera de albergue decoroso al humilde pastor de almas.

En otra situación de ánimo, tan punzante contraste hubiese dado á mis meditaciones un giro amargo. Hubiera pensado acaso que en nuestra pobre y abatida España, no hay sino una pasión grande, absorbente, suprema manifestación del egoísmo individual, á saber: el ansia de alcanzar á todo trance el cielo prometido á los buenos, y una sola generosidad (si cabe considerar como tal lo que se da en vista de personales provechos), los legados al clero y á las fundaciones piadosas. La caridad generosa y de buena ley, ese sublime calor de humanidad del filántropo, que, depurado de bajos egoísmos, da sin esperanza de remuneración, sin desear más recompensa que la gratitud de los buenos, es un sentimiento rarísimo entre nuestros opulentos. La única preocupación de éstos parece ser realizar lo que podríamos llamar *el copo de la felicidad*, es decir, lograr la fortuna, el placer y el descanso en esta vida, y gozar la beatitud eterna en la otra.

Hubiera pensado también que las dádivas de la generosidad, deben perseguir, ante todo, un fin social, y toda vez que las riquezas representan el sobretrabajo de los demás, y singularmente de los humildes, la justicia humana bien entendida, así como la ley de Dios, deben impulsarnos á devolver al pueblo, por lo menos después de nuestra muerte, una parte de esas riquezas detentadas, aplicándolas á la creación de cajas de ahorro, al establecimiento de pósitos, á la fundación de dotes para doncellas pobres, á la creación de asilos para ancianos y trabajadores inutilizados, á la construcción de escuelas, donde los aldeanos se rediman de la ignorancia y de la pobreza á ella inherente: algo, en fin, que beneficie directamente á la aldea, villa ó ciudad nativa, y á los hijos de los que nos enriquecieron con su trabajo; algo que enjague las lágrimas de quienes acaso minaron su salud y se privaron de lo necesario por atender á nuestro provecho.

Hubiera pensado, en fin, que además de la caridad cívica ó de campana-

rio, los opulentos deben ejercitar también la alta, la suprema caridad de raza, la más altruista y generosa de las caridades, la cual beneficia á la nación entera, y se realiza: creando y subvencionando establecimientos de Artes y Oficios; fundando y costeando Universidades para el pueblo; sosteniendo institutos de investigación científica, capaces de promover descubrimientos, á menudo aprovechables en la industria y el comercio; todo lo cual, además de ceder en ventaja inmediata de la nación y de la raza, crea para lo futuro un nivel superior de cultura y bienestar colectivos, echa los cimientos de una España grande y próspera en lo porvenir, capaz de rendir culto de amor y de gratitud á las almas generosas que se sacrificaron por sacarla de su postración, y las cuales, en medio de las más crueles tribulaciones y decadencias, tuvieron fe ardiente y sin desmayos en los altos destinos de la raza.

Pero yo, que sólo me siento socialista á ratos, no estaba entonces para semejantes consideraciones. Impresionado por la miseria y el abandono de aquel lugar; por la esquividad de una naturaleza cruel é insensible; por las fatigas y trabajos, á costa de los cuales aquellos infortunados aldeanos debían ocurrir á su mezquino sustento; por la ausencia, en fin, de toda comodidad y placer, capaces de hacer amable ó tolerable la vida, me pregunté: Si el sacerdote no tenía aquí una gran misión que cumplir; si aquella casa relativamente suntuosa destinada á asegurar la residencia de un ecónomo, que de otra suerte viviría en alguna aldea próxima más populosa, no encierra también una profunda y triste filosofía.—¿Qué sería—decíame en mis adentros—de estas existencias duras, de estos pobres y solitarios esclavos del terruño, si la religión no acariciase sus almas, rendidas por la fatiga y por el dolor, con un rayo de esperanza? ¿Cómo soportar la desconsoladora monotonía de una vida en la cual no existen más contrastes que los creados por la sucesión de las estaciones y los inevitables estragos del tiempo? ¿Cómo adherirse, formal y profundamente, á la infecunda tierra donde nacimos, sin ese consolador optimismo de la religión que nos promete, calmando impaciencias y desalientos del presente, en pos de una vida de prueba y de expiación, la resurrección luminosa, la ansiada repatriación á las doradas tierras del cielo, cuna de nuestras almas y mansión donde nos esperan con los amorosos brazos abiertos los eternos ausentes, los muertos queridos y llorados? Sí; es preciso reconocer que una tal existencia es inconcebible en ausencia de una fe ciega, firmísima, en la espiritualidad y eternidad del alma y en la existencia y justicia de Dios. El escepticismo y las bellas filosofías materialistas ó panteístas sólo se compadecen bien con la riqueza, ó, por lo menos, con el *aurea mediocritas*; el pobre, el atribulado y el enfermo, necesitan una fe, porque ni están para pensar en filosofías, ni la ciencia puede, hoy por hoy, substituir con nada, los supremos consuelos de la religión.

Pero llevado de mis pensamientos, olvido hablar de la visita á mi pueblo. Diré, pues, que á mi llegada, fuí recibido con grandes agasajos por el ecónomo, á quien el párroco, residente en otro lugar y sabedor de mi visita, había recomendado. Muy fina y generosa hospitalidad dispensáronme también diversas personas, particularmente algunos ancianos que se acorda-

ban de mi padre con quien me encontraban sorprendente parecido. Complacíanse todos en mostrarme su buena voluntad y en colmarme de halagos que yo agradecía de todo corazón; y para hacer agradable mi breve estancia allí, concertáronse algunas giras campestres. Recuerdo entre ellas: la exploración de las ruinas del vetusto castillo; la gira á los sombríos y seculares bosques de la vecina sierra, y la visita á una modesta ermita, situada á corta distancia del pueblo, tenuta en gran devoción, y en cuyas inmediaciones existe un florido y deleitoso oasis, donde hubimos de reconfortarnos con una succulenta y bien servida merienda. Mostráronme, también, la humilde casa en que nací, fábrica ruinosa casi abandonada, albergue hoy de gente pordiosera y trashumante. Algunas ancianas del lugar, que se ufanaban cariñosamente de haberme tenido en sus brazos, habláronme complacientemente de la hermosura y bondad de mi madre, de la robustez de mis primeros meses, y de las hazañas quirúrgicas y cinegéticas de mi padre, cuya fama de Nemrod dura todavía.

Al despedirme de los rudos pero honrados montañeses, mis paisanos, oprimióseme el corazón: había satisfecho un anhelo de mi alma, pero llevábame una gran tristeza. Una voz secreta me decía que no volvería más por aquellos lugares; que aquella decoración romántica que acarició mis ojos y mi cerebro al abrirse por primera vez al espectáculo del mundo, no impresionaría nuevamente mi retina; que aquellas manos de ancianos, selladas con los honrosos callos del trabajo, no volverían á ser estrechadas con efusión entre las mías.

Confieso que me entristecen siempre las despedidas, y sobre todo las de aquellas personas bondadosas á quienes no he tenido la fortuna de conocer completamente. Considero con verdadera pena que la brevedad de la vida no nos permita detenernos á intimar con esa muchedumbre de seres, que pasan á nuestro lado tan extraños á nosotros como si fueran las ondas de un río ó los árboles de una avenida, y entre los cuales ¡habrá tantas almas dignas de ser conocidas y amadas! ¡Cuántas imágenes de hombres que cruzaron cual relámpago por nuestra retina, deben morir definitivamente en nuestra memoria, á fin de ceder plaza franca á las ideas corrientes de la vida!

¡Qué de seres huérfanos de amor, desterrados de la amistad, víctimas del olvido y de la indiferencia, habrían hallado en su existencia un amigo entusiasta, un protector generoso, ó un corazón complementario, si una triste y anticipada despedida, no hubiera cortado para siempre la comunicación entre dos corazones, puestos momentáneamente en contacto por el azar de las trayectorias sociales!

Grandes divorciadores de almas son el azar del nacimiento y la fatalidad de la profesión social; pero lo son todavía más el espacio y el tiempo, tiranos de la vida, toda vez que en sus férreas mallas queda sujeta cada existencia al breve lapso de unos cuantos lustros, y á un rincón especial y separado del planeta, como el árbol á la tierra.

Pero, sobre todo, los adioses para siempre tienen el triste privilegio de entenebreecer mi espíritu y de sumirlo en profunda tristeza.

Al apretar una mano que no he de estrechar más, la imaginación me sugiere enseguida la imagen de la muerte, con todas sus fúnebres representaciones. Paréceme sentir el contacto de una carne fría é inerte; el rostro del amigo, antes riente y lleno de vida, va tomando, conforme se aleja de mí, tonos pálidos y violáceos como de enfermo agonizante. Después de todo, ¿qué más da la muerte que la ausencia? Para el que se queda, el postrer adiós del ausente representa la última manifestación de un espíritu, y su imagen visual la postrera aparición de su cuerpo. En adelante..... nos separará la distancia, es decir, una espesa capa de aire tan eficaz y pesada para apartar nuestras almas como pueden serlo algunas paletadas de tierra, y el olvido, más cruel que la muerte misma, porque ésta respeta el esqueleto y la obra del hombre, y aquél borra por igual en la memoria la imagen del espíritu y del cuerpo.

Apesadumbrado por estos melancólicos sentimientos y cavilaciones, bajé la áspera cuesta del pueblo, tendí una última mirada sobre el agreste y desolado paisaje, cuya imagen intenté fijar en mi retina con esa tenacidad con que procura retener el que sueña la fugitiva visión que le mintió sabrosas felicidades, y alejéme tristemente, tomando la vuelta de Tiermas y de Jaca. Una voz interior me decía que no lo vería más; y, en efecto, hasta hoy no lo he visto. Los lazos del afecto son hartó flojos para llevarme á él, porque la atracción y el amor nacen del hábito y se miden por la amplitud del espacio que las representaciones de los hombres y de las cosas ocupan en la memoria. Y en la mía los recuerdos juveniles de gran fuerza y difusión se enlazan con otros lugares, con aquellos que albergaron mi niñez y adolescencia y en donde contraje las primeras amistades.

Hora es ya de reanudar el hilo de nuestra historia, interrumpido por la narración del precedente episodio que, según habrá visto el lector, representa simplemente un inoportuno desahogo de mi espíritu. Por otra parte, no sería razonable conceder en este estudio autopsicológico, una excesiva importancia al hecho de haber casualmente nacido en una aldea montañesa; pues el hombre no es como la planta, que sabe á la tierra que le crió. El vegetal hombre toma su sabor antes que de la tierra y del aire inorgánicos, del medio vivo, de la estratificación humana que alimentó las raíces de su razón y fué ocasión de las primeras imborrables emociones. Bajo este aspecto, mi verdadera patria es Ayerbe, villa de la provincia de Huesca, donde pasé el período más crítico y á la vez más plástico y creador de la juventud, es decir, los años que median entre los 8 y los 17 de mi edad, ó sea desde el 60 al 69, fecha esta última en que ya se había realizado la famosa revolución española.

SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL.

EL IMPUESTO DE CONSUMOS SOBRE EL VINO

II

En esto, mejor que en otras cosas, podría decirse que «querer es poder». Desgraciadamente los Gobiernos *no quieren* suprimir el impuesto de consumos. Siendo tan vejatorio, tan desigual y tan inicuo, como generalmente se reconoce que es; cualquier otro con que fuera sustituido tendría menores inconvenientes. Con razón y oportunidad se ha observado que un diez por ciento de recargo en las demás contribuciones é impuestos vendría á dar al Gobierno tanto ó más de lo que como máximo recauda por consumos.

Ni á eso habría que recurrir si es que se habla con sinceridad y se procede de buena fe.

El ministro de Hacienda llevó en 6 de Julio último al Congreso el proyecto de ley de presupuestos de gastos é ingresos del Estado para el próximo año económico de 1902. Antes de exponer los cálculos de las obligaciones y de los recursos del Estado para ese año, presentó á las Cortes la liquidación del presupuesto de 1900 y los resultados probables del de 1901.

Daba por resultado la liquidación, ya realizada, del presupuesto de 1900 un superavit de 88 millones y medio. La liquidación probable del de 1901 arroja un exceso de cerca de 49 millones, en los ingresos sobre los pagos, y otro de más de 13 millones en los restos pendientes de cobro sobre las obligaciones pendientes de pago.

Esos sobrantes, aun sin contar con las economías que en los gastos podrían realizarse—cien millones según el programa de la Unión Nacional en sus trabajos de propaganda, bastante más de esa cantidad según el proyecto que en forma de voto particular al dictamen de la Comisión de presupuestos del Congreso acaba de presentar—bastarían casi para poder prescindir del impuesto de consumos, no ya en lo tocante al vino, sino en lo referente á todas las especies.

No desconozco que, cuando se habla de la supresión de los consumos sobre el vino, no basta pensar en el Estado; hay que acordarse de los Ayuntamientos para no dejar indotados sus presupuestos.

La solución á esa parte del problema podría buscarse en lo que se ha hecho en la vecina República. Ya que tantas cosas inconvenientes se importan del extranjero, ¿por qué no imitar, adaptándolo á las condiciones de nuestro país, lo que en Francia con buen éxito se ha experimentado ya?

Para proteger la viticultura, Mr. Méline y sus amigos lograron la promulgación de la ley de 29 de Diciembre de 1897, debida á la iniciativa parlamentaria ejercitada en sus proposiciones por M. M. Guillaumon y Guillemet.

Autorizó esa ley á los municipios á suprimir los consumos (*droits d' octroi*) sobre los vinos y demás bebidas higiénicas, obligándoles, en caso de que los conservaran, á no rebasar ciertos límites. En sustitución de las cuotas de consumos, si las suprimían, los Ayuntamientos quedaban autorizados para establecer ciertos arbitrios ó impuestos mediante la aprobación, según los casos, ya de los prefectos, ya del Gobierno.

Son muchas, y algunas muy importantes, las poblaciones francesas en que, merced á esa ley, el vino está ya exento de consumos.

Y como á algunos Ayuntamientos haya parecido que la ley de 1897 era más una ley «burguesa» que una ley de carácter «popular» y que su tendencia, antes que la de atender al interés general de los consumidores, era la de favorecer á los productores ó propietarios, han avanzado más en el camino de las reformas, llegando á suprimir totalmente el impuesto de consumos.

De esta gran experiencia diré algo otro día.

MARCELIANO ISÁBAL.

45 de Noviembre de 1901.



NUEVA SOCIEDAD CIENTIFICA

«La Institució Catalana d' Historia Natural.»

El espíritu de asociación, vigoroso como nunca en los modernos tiempos para toda suerte de empresas de orden civil ó económico, no alcanza menos extensos y levantados vuelos en el campo de las investigaciones científicas. Pululan por doquiera en las naciones más cultas de Europa asociaciones de diversa índole que tienen por blanco la adquisición de la verdad y con los esfuerzos mancomunados de los socios logran fijar nuevos jalones en el terreno de lo desconocido y hacen avanzar las fronteras de la ciencia.

Entre otros, el campo de las ciencias naturales, vastísimo en sí mismo, vese cultivado con primor en muchas naciones extranjeras, al paso que se mantiene harto inculto en la nuestra, á pesar de que la riqueza, variedad y envidiable posición geográfica de su suelo habrían de ponerla fácilmente á la cabeza de las naciones civilizadas.

Mientras en la nación vecina se desarrollan holgadamente diversas sociedades de Geología, de Botánica, de Biología, de Entomología, de Antropología, hasta de Espeleología, todas ellas de carácter general para toda Francia, á la par que crecen lozanas á su lado otras regionales de Burdeos, de Tolosa, del Norte, etc.; sola una sociedad análoga, la SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HISTORIA NATURAL, ha procurado llenar este vacío en España con incesantes é ímprobos esfuerzos durante los treinta años últimos del siglo XIX. Afortunadamente al nacer el vigésimo ha surgido en Barcelona una joven institución llena de vida y poseída de las más nobles aspiraciones. Por la importancia científica del suceso permítannos los cultos lectores de la REVISTA DE ARAGÓN que apuntemos ligeramente la fundación y fines de la citada Institución.

Llámanse la nueva sociedad INSTITUCIÓ CATALANA D' HISTORIA NATURAL, y aunque publica su boletín en catalán por espíritu patriótico de buena ley en nada semejante al de ciertos amigos de discordias y escisiones patrias, admite en su seno á los naturalistas de diferentes regiones; y además de los que tiene en varias provincias de España, los cuenta ya entre las naciones extranjeras, en Francia, por ejemplo, y hasta en Finlandia.

Después de los preliminares de asociación verificados en el año de 1900, en el mes de Enero del presente año apareció la Institución Catalana de Historia Natural ante el público ilustrado dando á la estampa el primer número de su Boletín. Modesto en todo su porte se muestra éste y como ruboroso de alternar con eminencias científicas; empero la calidad de los trabajos y la variedad de las firmas hacen entrever la pujanza de la vivificadora savia que anima á la sociedad naciente. Y en medio de su modestia ya desde el primer

número publica el Boletín algunos estudios que han de ser bien acogidos por el mundo sabio.

Por la novedad é interés práctico que ofrece extractaremos del primer número un artículo descriptivo y etológico sobre un lepidóptero nuevo para la fauna de España. A la vez nos permitiremos de paso alguna ligerísima observación ó variante. Lo firma D. S. Maluquer y lo titula NOTA SOBRE LA PLUSIA AURIFERA Hubn. Dice así el joven entomólogo:

«Parece que la especie de que se trata es propia y hasta hace poco exclusiva de las islas Canarias. (1) En la primavera de 1899 cogí el primer ejemplar. Durante el verano de dicho año se presentó con extraordinaria abundancia en las huertas de los alrededores de Barcelona y Sarriá, donde sus larvas destruyeron toda suerte de hortalizas, prosiguiendo sus devastaciones hasta el siguiente Octubre. Entonces pude observar que esta oruga es sobremanera polífaga, destruyendo todo linaje de plantas bajas. La lista de las especies en que hallé larvas y crisálidas es la siguiente: *Matricaria chamomilla* L.—*Chenopodium ambrosioides* L.—*Mercurialis annua* L.—*Symphytum auritum* L.—*Apium graveolens* L.—*Petroselinum sativum* Hoffm.—*Solanum nigrum* L.—*Solanum dulcamara* L.—*Brassica* us. cult.—*Sonchus tenerrimus* L.—*Sonchus oleraceus* L.—*Beta* cult. Parece sin embargo que muestra cierta preferencia por las umbelíferas *Petroselinum* y *Apium*.

«Las interesantes orugas de la *aurifera* son de color verde común con cuatro líneas blancas que partiendo de la cabeza recorren longitudinalmente el cuerpo. Las inferiores son simples y en medio de ellas se abren los estigmas, cuyo borde es negro. Las otras dos son dobles y están situadas más hacia el dorso que las primeras. En algunos ejemplares se ve una tercera línea doble entre las segundas. En cada segmento hay de 13 á 20 tubérculos verdes, de cada uno de los cuales nace un pelo blanco. A simple vista no se distinguen los tubérculos, y en algunos ejemplares los pelos están llenos de una substancia negra.

«Para crisalidarse juntan con hilos de seda dos ó tres hojas ó foliolas, revistiéndolas interiormente con una tela ó capullo de la misma substancia. Es muy variable el tiempo que permanecen en este estado, oscilando entre una semana y algunos meses; en ello influyen el calor, la humedad, etc., etc.

«Este insecto perjudicial indudablemente ha sido introducido en España con los cargamentos de frutas y hortalizas que todos los años llegan de las Canarias á nuestros puertos, viniendo á constituir una plaga más para los agricultores, quienes debieran hacer todo lo posible para exterminarlo, principalmente procurando la multiplicación de los pájaros insectívoros tan injustamente perseguidos y de cuya desaparición se tocan ahora las consecuencias... (2)»

(1) Se halla también en África; y, según más adelante observa el Sr. Maluquer, se ha cogido asimismo en Zaragoza y Bilbao. Además yo la tengo del Montseny (Barcelona; Julio de 1898.—P. Neres S. J.) Estas capturas son poco anteriores al año 1899 en que la descubrió en Barcelona el entomólogo cata án Sr. Maluquer.

(2) Como esta especie se halla también en Aragón y puede fácilmente propagarse hasta constituir una plaga, también en esta comarca interesa á los agricultores el procurar la propagación de los pájaros insectívoros, sus mejores aliados en la defensa de sus plantas.

No son inferiores en mérito muchos otros de los artículos científicos, narraciones de excursiones verificadas, investigaciones llevadas á cabo, que han visto la luz en el Boletín y han firmado los Sres. Novellas, Mas, Font, Alzina y otros.

El espíritu de la Institución es francamente católico, según lo declara el lema que adorna la frente del Boletín y está tomado de la Constitución de *Fide* del Concilio Vaticano: *Nulla unquam inter fidem et rationem vera dissensio esse potest. Entre la razón y la fe jamás puede existir verdadera divergencia.* La Institución pretende sinceramente la investigación de la verdad, y para no alucinarse con la falsa luz de verdades aparentes, dirige el rumbo de sus investigaciones teniendo siempre á la vista el faro inextinguible de la verdad revelada.

Vida larga y próspera deseamos á la joven sociedad y la esperamos fundadamente. Los nombres de Almera, Bofill y Cuní, entre otros socios protectores ó numerarios, conocidos como sabios naturalistas en España y fuera de ella, bastan á asegurarla. A estos experimentados maestros y otros que han dado muestras de valer científico en distintas ocasiones, sigue una pléyade de jóvenes naturalistas, cuyos esfuerzos generosos auguran que se han de conquistar un puesto ilustre en el mundo sabio.

Ojalá que el escribirse en catalán el Boletín no sea obstáculo al engrandecimiento de la joven sociedad y á la difusión de sus publicaciones.

Con semejante inconveniente no tendría que luchar de seguro aquella sociedad que se fundase en Aragón con fines y aspiraciones análogas á las de la Institución Catalana.

Ni faltarían en Aragón materiales de estudio amplísimos para darle vida floreciente. Su variadísimo suelo abundante en minas y otras riquezas naturales que sin cesar se descubren, dignísimo por consiguiente de atento estudio, debe estimular á los aragoneses á acometer una empresa nada imposible ni siquiera dificultosa. Los precedentes históricos demuestran que Aragón es patria fecunda de sabios naturalistas. Sin contar los que actualmente viven, que no son pocos ni poco conocidos en el mundo sabio, bastan los Asso, Azara y Lagasca para inmortalizar su patria; ni es razón que decaiga ahora el cultivo de las ciencias naturales en aquella región cuyos hijos en el mundo científico han levantado tan alto la bandera de España.

Cónstanos por otra parte que varias personas doctas, profesores distinguidos, escolares entusiastas, jóvenes llenos de nobles aspiraciones anhelan la realización de esta idea.

Quiera Dios que se vean cumplidas sus esperanzas y que dentro de breve tiempo logremos en la capital de Aragón una sociedad que dé días de gloria á la patria, á la ciencia y á la misma sacrosanta religión que todos profesamos.

LONGINOS NAVÁS S. J.

Zaragoza y Noviembre de 1901.

La filosofía en el siglo XIX

(CONTINUACIÓN)

Psicología experimental en Alemania.—Si la psicología inglesa en los tiempos modernos se ha distinguido por el análisis de los fenómenos conscientes, realizado con tal escurpulosidad que, después de los trabajos de Stuart Mill, Bain y Spencer, no parece sea posible una descripción más acabada del contenido del espíritu, los psicólogos alemanes, sin descuidar la parte descriptiva de los hechos de conciencia, han puesto su mayor empeño en averiguar las condiciones físicas de la vida consciente, á cuyo estudio han aplicado el método experimental, logrando vencer con su talento calculador y su constancia inquebrantable gran parte de los gravísimos inconvenientes que ofrecía este problema.

En vez de discutir en el terreno metafísico si el alma y el cuerpo forman una sustancia completa, ó dos sustancias íntimamente relacionadas entre sí, ó resolver por hipótesis á priori y abstracciones sin fundamento lo que han llamado impropriamente algunos psicólogos el comercio del alma con el cuerpo, los psicólogos alemanes, á partir de Lotze, han intentado desmenuzar las relaciones de lo físico con lo mental valiéndose de procedimientos cuya exactitud y precisión nadie se ha atrevido á poner en duda, á saber, el número y la medida. Por este camino han logrado aproximar todo lo posible la ciencia psicológica con la fisiología, pero sin llegar á confundirlas.

Y fueron luego tan abundantes las investigaciones en esta materia y tan concluyentes en muchos puntos sus resultados, que pueden hoy con perfecto derecho dar á su labor la categoría de ciencia y designarla con el nombre de *psicología fisiológica*.

Como era de esperar de los métodos y procedimientos seguidos por esta nueva clase de psicólogos, el objeto principal de sus investigaciones no han sido aquellos actos de la vida consciente que se encuentran más alejados de la influencia y condiciones materiales, sino los que la psicología aristotélica considera como dependientes por igual del cuerpo y del alma, ó sea los fenómenos de la vida sensitiva: los actos reflejos y los instintos; el estudio detallado de las sensaciones, con las cuestiones relativas al tiempo y al espacio dentro de los límites de la experiencia; los movimientos; los modos de expre-

sión y el lenguaje; las condiciones de la voluntad y de la atención; las formas menos complejas de los sentimientos; todo esto es lo que constituye el círculo de investigación para los psicólogos experimentalistas de Alemania (1).

Aunque Herbart señaló ya la necesidad de aplicar el cálculo á la psicología, no creyó que pudiera tener lugar la experimentación en estas materias; por lo cual debe considerarse como iniciador de esta tendencia al eminente metafísico

Hermann Lotze, (1817-1881) uno de los pensadores más profundos de que puede gloriarse la Alemania moderna, según expresión del sabio crítico señor Menéndez y Pelayo. Sucesor de Herbart en la Universidad de Gotinga vino á continuar la protesta que aquél había levantado contra el idealismo de Hegel, aunque para ello emplee procedimientos tan distintos que no se le puede incluir entre los discípulos de la escuela herbartiana. Su sistema denominado *Ideal-realismus* tiende á armonizar el dualismo de lo espiritual y de lo corpóreo con la aspiración constante y legítima de la inteligencia humana á la simplificación y á la unidad. Para lograr esta sencillez y unidad en la explicación razonada del universo, no hace falta amontonar los seres y suprimir sus diferencias para convertirlos en una sola realidad; sino que es muy bastante el observar, que esa supuesta multitud de seres con cualidades distintas y aun contrarias se halla regida por leyes generales y abstractas, las cuales, aunque sean muy variadas y comprendan bajo su dominio á seres muy diversos, se combinan armónicamente y dan por resultado la unidad de plan que preside al desarrollo de la vida del mundo. La existencia, pues, concluye Lotze, de *realidades* que sean como el punto de aplicación de las fuerzas cósmicas, se concilia perfectamente con la unidad que la razón exige en la contextura del universo (2). Si la variedad de los fenómenos observados nos obliga á creer en la variedad de sustancias en que aquéllos se manifiestan, las diferencias observadas entre los fenómenos del espíritu y los que atribuimos á la materia son tan radicales y profundas, que no permiten en modo alguno dudar de la existencia del alma como un ser superior y distinto de la materia (3). Sin embargo entre una y otra hay relaciones muy íntimas y recíprocas influencias; y á determinarlas con exactitud y precisión ha de aspirar la psicología, si quiere ser verdadera explicación científica de los fenómenos espirituales (4).

Fruto de sus investigaciones psicológicas en esta dirección ha sido su famosa teoría de los *signos locales*, con la que pretende explicar el complicado problema de la percepción sensible. Teoría, que ha influido poderosa-

(1) Véase *La psychologie allemande contemporaine* de Th. Ribot. Deuxième edit. Paris, 1885. Introd. pag. XXIII.

(2) Véase su obra: *Principes généraux de psychologie physiologique*, traducida por A. Penjon Deuxième edit. Paris, 1881, pag. 45 y siguientes.

(3) Ob. cit. págs. 19 y 20.

(4) *Ibid.* p. 62. No se crea por estas afecciones de Lotze á estudiar las dependencias de la vida espiritual respecto de la materia, que cercene en lo más mínimo las prerogativas del alma, antes al contrario, en esta obra encontrará el espiritualista armas de muy buena ley y argumentos vigorosos contra el materialismo.

mente en los psicólogos posteriores decidiéndolos á abandonar los unos la teoría nativista que se amoldaba muy bien á la tendencia subjetivista de la escuela kantiana, y á considerar los otros como insuficiente la antigua hipótesis de las ideas-imágenes. Una y otra, dice Lotze, han incurrido en petición de principio, porque para explicar cómo nos formamos idea del espacio ó de la extensión, se sirven de elementos que suponen ya la adquisición de esa idea. Este gravísimo inconveniente cree haberlo evitado Lotze con su hipótesis de los signos locales, cuyo resumen damos á continuación tomándolo del conocido psicofisiólogo italiano Sergi.

«Según Lotze no son las predisposiciones orgánicas las que pueden darnos la facultad de la localización, sino cierta sensación, que va unida á las sensaciones táctiles, es la que nos hace distinguir un lugar de la piel de otro lugar de la misma, puesto que las excitaciones que proceden de los diversos puntos de la piel no son distintas, como no son distintas las fibrillas nerviosas que se extienden por esa misma piel. Pero si suponemos, que la sensación táctil va acompañada de un elemento sensacional que se refiere al lugar de la excitación, y varía con este mismo lugar, no es difícil concebir que podamos representarnos los diversos puntos de la piel. Este elemento sensacional es un simple dato psicológico; no basta para la localización, siendo todavía necesaria la experiencia. Esta experiencia nos la da la percepción visual y, cuando ésta falta, el movimiento.» (1)

La predilección por el estudio de las cuestiones psicológicas desde el punto de vista fisiológico no ha impedido á Lotze examinar con detenimiento aquellos problemas que por su índole especial, aunque tienen su nacimiento en la psicología, se les ha llamado metafísicos ó transcendentales en los tiempos modernos. La existencia del alma, su origen, su destino para otra vida superior, la libertad, etc., son puntos que Lotze ha tratado extensamente y con criterio espiritualista.

Con no menos empeño que Lotze continuó *Teodoro Fechner* la tarea de fijar con toda la exactitud posible «las relaciones entre el alma y el cuerpo, ó en términos generales, entre el mundo físico y el mundo psíquico», designando su labor en este sentido con el nombre de *psico-física*. En la obra que con este título apareció en 1860, nos presenta Fechner un sinnúmero de experiencias, de tablas, de cifras y de cálculos, enderezado todo ello principalmente á reducir á fórmula matemática la relación entre la excitación y la sensación (2). Dicha fórmula que lleva su nombre y á la cual debe su prestigio entre los psicólogos, se enuncia así: *La sensación crece como el logaritmo de la excitación*. No hay que decir que para llegar á esta conclusión ha recorri-

(1) *La psychologie physiologique*, trad. francesa por M. Mouton. París, 1888, pág. 483.

(2) En años anteriores había escrito Fechner varias obras que contienen su sistema filosófico; pero que no han logrado interesar á los historiadores de la filosofía.

Wundt hace notar este olvido injustificado en un opúsculo que con motivo de la celebración del centenario de Fechner acaba de publicar. En él nos lo presenta como metafísico y teósofo, heredero de los románticos y principalmente de Schelling. Véase la *Revue critique d'histoire et de littérature*, núm. 42, 21 de Octubre de 1901, pág. 319.

do Fechner una serie tan larga de observaciones y de experiencias que le acreditan de investigador pacientísimo y tenaz (1). Sin embargo su famosa ley viene siendo objeto de grandes discusiones entre los psicofisiólogos: unos como Bernstein, Brentano y Langer la han calificado de inexacta para determinadas sensaciones, otros como Hering y Delbœuf la han combatido abiertamente declarando imposible ó muy difícil la precisión matemática en asunto tan complejo, y finalmente muchos espiritualistas han creído ver en ella un argumento más en favor del materialismo, ó una cuestión que por lo incierta y baladí debe abandonarse (2).

Pero los desprecios y contradicciones con que tropezó en sus orígenes la psicofisiología no han logrado detenerla en su carrera de avance. Si los trabajos de Lotze, Fechner, etc., que acabo de señalar rápidamente, son todavía fragmentarios y no constituyen un estudio completo y sistemático de las manifestaciones del espíritu individual según los procedimientos experimentales, no puede decirse lo mismo de la inmensa labor que desde hace cuarenta años viene realizando el eminente profesor de la Universidad de Leipzig

Guillermo Wundt, cuya poderosa inteligencia ha podido aunar el conocimiento profundísimo de la medicina y ciencias naturales con el estudio detenido de los abstrusos problemas de la filosofía y de las ciencias sociológicas. Genio universal á la manera de Spencer, no sólo ha tratado extensamente de la fisiología humana y comparada, en sus relaciones con la psicología individual y social, sino que su pluma ha sabido recorrer con originalidad y firmeza el inmenso campo de la ciencia filosófica en sus distintas ramas. La lógica, la ética y las cuestiones metafísicas han sido ampliamente discutidas y expuestas por el talento enciclopédico de Wundt. Y lo que es más admirable todavía: todo este conjunto tan numeroso y variado de producciones científicas responde á una idea fundamental que Wundt persigue sin tregua ni descanso, como si fuera el acicate perenne de su genio. Ese ideal no es otro que dar á la filosofía una forma más científica, aplicando á todas sus cuestiones el método experimental.

Para lograrlo empieza por afirmar que las ciencias son la base de la filosofía, puesto que ésta no es otra cosa que «la sistematización de los conocimientos generales que nos suministran las ciencias particulares, ó la coordinación de los conocimientos particulares en una concepción general del mundo y de la vida que responda á las exigencias de la razón y á las necesidades de la conciencia.» (3) El empeño mismo de aplicar la experimentación

(1) En esta labor le señaló el camino Henri Weber que, de ciertas experiencias sobre apreciación de pesos y longitudes y sobre la más pequeña diferencia perceptible entre dos tonos de diferente altura, dedujo la siguiente ley: «Las sensaciones crecen en cantidades iguales, cuando los excitantes crecen en cantidades *relativamente* iguales.» Esta ley ha sido expresada por Delbœuf bajo esta otra forma: «La más pequeña diferencia perceptible entre dos excitaciones de la misma naturaleza, es siempre debida á una diferencia real que crece proporcionalmente con las excitaciones mismas.» Véase *La Psychol. allem.* de Ribot. Paris, Alcan, 1885, pág. 153.

(2) Al presente se va notando entre los escolásticos una marcada inclinación á tomar parte en esta clase de estudios y disminuyen afortunadamente, aunque con excesiva lentitud, los escrúpulos y los temores á la psicofisiología.

(3) Citado por Mr. Mercier en su obra *Les origines etc.* pág. 171.

á la psicología no es para reducirla á la fisiología, sino para transformarla, de ciencia meramente descriptiva del alma, como ha sido hasta ahora, en ciencia *explicativa*. Esto cree conseguirlo añadiendo á la observación interior, que no puede dar otra cosa que descripciones de los estados de conciencia, la experimentación con su compañera inseparable la *medida*. Pero entiéndase bien: «nuestras medidas no se aplican *directamente*, ni á las causas productoras de los fenómenos ni á las fuerzas productoras de los movimientos: únicamente podemos medir dichas fuerzas por sus efectos.» (1) Tal es el método de la psicología fisiológica de Wundt. De esta suerte el número y la medida que, á pesar de su innegable y fecundísima utilidad para el estudio de los fenómenos físicos, no se habían empleado ni siquiera como auxiliares en la interpretación de los hechos de conciencia, vienen á ser el método principal de las investigaciones psicológicas de Guillermo Wundt. Estas investigaciones no se han limitado al estudio de las relaciones cuantitativas entre la sensación y los excitantes del exterior, entre los movimientos orgánicos y los estados de conciencia que los determinan; sino que abarcan todas las cuestiones que á la psicología corresponden, como son, por ejemplo, la percepción exterior, la localización, la memoria, sus distintas clases, (visual, auditiva, de cifras, etc.) y sus variaciones de un individuo á otro, el fenómeno de la asociación y sus condiciones, la imagen y sus distintas fases hasta convertirse en idea general, los sentimientos, la duración de los actos psíquicos desde el más simple al más complejo, etc., etc. Bien se comprende que en un resumen no podemos ni siquiera señalar las conclusiones que Wundt establece respecto de cada uno de esos puntos, pero no queremos omitir su teoría sobre la naturaleza y estructura del hecho psíquico, porque es sumamente curiosa y original.

Censura Wundt el exagerado *intelectualismo* de aquellos psicólogos que han considerado los hechos conscientes como si fueran meramente representativos, reduciéndolos á una serie de objetos que están grabados en la conciencia de un modo tan fijo é invariable, como los cuadros en el caballete del pintor cuando éste se propone sacar una copia. Partiendo de esta base ha venido á ser la psicología una copia verbal de las representaciones de la conciencia.

Pero los hechos psíquicos no son una mera representación, ni en ellos debe considerarse exclusivamente el aspecto objetivo, al contrario, forman *un todo indivisible* de actividad y de conocimiento, y son esencialmente subjetivos. «Los hechos psíquicos, dice, son *acontecimientos* y no objetos; como tales se suceden en el tiempo, y no son jamás idénticos en dos momentos diferentes... La experiencia inmediata no conoce las cosas en reposo, sino un flujo continuo de acontecimientos móviles; no está formada de objetos sino de *procesos*, los cuales no son otra cosa que los acontecimientos comunes á toda la vida humana considerados en sus mutuas relaciones. Cada uno de estos procesos encierra un contenido objetivo, pero es al mismo tiempo un

(1) Véase la obra ya citada de Ribot, *Psychol. allemande*, pág. 224.

acto subjetivo; participa pues de las condiciones generales del conocimiento, y de las condiciones á que están sometidas todas las acciones humanas.» (1)

Por lo que se refiere á la estructura y combinación de los hechos conscientes, admite con los asociacionistas ingleses que toda forma superior de la actividad psíquica es una resultante de las formas inferiores; siendo la sensación el elemento primordial de todas ellas. Estas formas se enlazan entre sí en el desarrollo de la vida del espíritu, no por asociación sino bajo la forma de razonamiento. Para Wundt todo hecho de conciencia es una conclusión cuyas premisas son inconscientes, invirtiendo así el orden de sucesión comúnmente establecido en la serie de los hechos psíquicos. Este orden suele ser: ideas, de las que resultan los juicios, y de éstos procede el razonamiento; mientras que en la psicología de Wundt la actividad del entendimiento comienza por los ratiocinios, éstos nos llevan á formular juicios, sin los cuales sería imposible formar las ideas.

No aparece menos original este filósofo en sus opiniones sobre la metafísica.

Para librarla de los injustificados ataques del positivismo le señala como base la experiencia, y como método, el mismo que emplean las demás ciencias y que consiste en relacionar unos hechos con otros mediante el principio de razón suficiente.

Pero como las ciencias particulares, aunque informadas por el espíritu de unificación á que aspira siempre la razón humana, nos presentan dos series de hechos como independientes y distintos, á saber, los hechos psicológicos y los hechos cosmológicos que corresponden á las ciencias del espíritu y á las ciencias de la naturaleza respectivamente, la labor de la metafísica será examinar esos elementos, para hacerlos concordar y reunirlos en un todo exento de contradicciones.

Ahora bien: la distinción de los hechos psicológicos y cosmológicos procede de una abstracción intelectual consistente en que las ciencias cosmológicas al examinar los datos concretos de nuestra actividad representativa prescinden del sujeto pensante; así por ejemplo, el físico al examinar las condiciones de la luz no se detiene á examinar ni la impresión que le produce ni cómo ha podido percibirla, etc., mientras que las psicológicas se fijan principalmente en el aspecto subjetivo y genético de dichos datos. Luego la dualidad, al parecer irreductible, de los hechos psicológicos y cosmológicos queda reducida, en opinión de Wundt, á dos aspectos del yo, el uno *pasivo* y el otro *activo*. Ahondando más en las relaciones entre esos actos, se advierte que en los estados pasivos, ó sea "cuando recibimos las impresiones del exterior, no podemos menos de atribuir esa pasividad que nosotros sentimos á la actividad de los objetos exteriores; de donde resulta que la actividad es elemento primordial y anterior á la pasividad. Si consideramos esa actividad aislada de todo objeto, queda reducida á nuestro *querer*, y al atribuirle á los

(1) Citado por Mr. Mercier en su obra: *Les origines etc.*, pág. 479 y siguientes.

séres que forman el universo, hemos de interpretarla también en función de *voluntad* ya que no conocemos otra clase de actividad.

Aunque por lo que llevamos dicho pudiera creerse que el sistema metafísico de Wundt es un monismo panteísta al estilo de Schopenháuer, sin embargo, Guillermo Wundt manifiesta decidido empeño en mantener la individualidad de los séres y rechaza todo principio universalista que sea incompatible con la autonomía de las *unidades individuales*. Ni acepta el monismo de Schopenháuer, ni explica la sustantividad de los séres, como Leibniz, haciéndola consistir en la representación. La voluntad que él establece como principio universal de todas las cosas, es una voluntad colectiva en cuyo seno pueden subsistir con verdadera individualidad las *unidades volitivas*. (1) El mundo es una totalidad de unidades volitivas cuya influencia recíproca de unas en otras produce las representaciones, y esta definición del cosmos resume el pensamiento metafísico de Wundt.

De su influencia como psicofisiólogo nos haremos cargo en el artículo siguiente.

DR. GRAPILINKS.

(Se continuará.)

(1) Lea da este nombre y nó el de sustancias, porque le parece una contradicción el suponer la actividad como fundamento de los séres y atribuir á dicha actividad el carácter de permanencia que envuelve el concepto de sustancia; puesto que la permanencia lleva consigo la inacción.

Antigüedades aragonesas

En Lécera

Obligaciones profesionales me llevaron, hace días, á la villa de Belchite y á la de Lécera: en ésta diéronme amable hospitalidad la señora viuda de Muniesa y sus hijos, compañero mío el mayor de ellos.

En la buena compañía de este excelente amigo recorrí las calles de la villa, á la cual llegaba yo por primera vez, y en donde no desesperaba de hallar algo que complaciese á mi afición por las antigüedades, afición no docta ni *aprehensiva*—como dicen que es uso; contemplativa nada más.

Habíamos visto ya unas buenas piedras armoriales de alabastro—uno de ellos el de la casa pairal de mi huésped—, unos hierros de reja, un *Padre Eterno*, media-escultura saliente de la fachada de la actual casa del mismo señor, y la capilla familiar existente en la iglesia parroquial; la tal capilla es una pieza barroca de muy buen trabajo dentro de ese estilo al cual yo lo detestaba más que á ningún otro hasta que he tropezado con el modernismo imperante.

Lamentamos juntos el grave atentado cometido contra el arte por la última llamada restauración de la iglesia la cual es hoy un derroche de malos colorines que no han respetado ni aún á los viejos y, en otro tiempo, buenos cuadros que en ella existían.

Vimos la torre de ladrillo, afamada por su altura entre todas las de la comarca—lo cual fué cierto antes de que la quitaran cuatro metros de capitel pero ahora no, pues la del vecino pueblo de Muniesa es, cuando ménos tan alta como ella—, clasifiqué por faisán inequívoco el mal llamado gallo que vá cimero de la dicha torre, y ya creía que nada me quedaba por ver, cuando mi compañero me habló de la existencia de antigüedades romanas auténticas, distantes del pueblo no más de un kilómetro, en el cerro de Santo Domingo.

Hacia allí marchamos; por el camino supe que, años atrás, cavando en aquél término, habían sido halladas monedas romanas de plata en regular número, y dos alfileres uno de oro y otro de cobre, á modo de imperdibles, accesorios, al parecer, del traje romano; y varios fragmentos de obras de alfarería.

Llegamos al cerrillo sobre el cual descansa el Santuario de Santo Domingo, patrón de la villa, y, al instante dimos en un campo bajo el cual por uno de sus linderos, se ve, á modo de estrato rigurosamente horizontal, el espesor de un pavimento de mosaico.

Basta cavar ligeramente en el deleznable terreno que lo cubre, para ver una parte de aquel pavimento. Es de fondo rojo, adornado con cuadrículos blancos de un centímetro cuadrado; éstos siguen la traza de una greca irregular; ví algunos de ellos sueltos, y forman prismas cuya altura es doble de su base.

La parte roja parece un cemento, pero se distinguen muy bien en ella piedrecillas de forma irregular y del mismo color de aquella masa.

Cercano de aquel lugar hay un pretil de mampostería compuesta, en donde, por su sección roja de grana con salpicaduras blancas, se delata un buen trozo de ese mismo mosaico, usado como piedra y precisamente muy cerca de la base lo cual demuestra su resistencia.

En toda aquella parte del cerro se ven por el suelo muchos restos de obra de alfarería, principalmente pequeños conos truncados y provistos de

un horado en el sentido del eje, como los que muchos años ha usaban los tejedores y aún los emplean hoy los cordoneros que trabajan á mano.

Ví después en casa del señor Muniesa restos iguales cojidos allí mismo, y, entre ellos, un trozo de vasija que debió ser grande y de paredes delgadas y en donde hay un rótulo completo de caracteres que, por no entrar en ellos otro elemento geométrico sino la línea recta, y por su aspecto peculiar, me parecen ibéricos. Así los he visto en un tinajón inmenso que guarda mi maestro D. Pablo Gil y que es pieza digna de haber reposado agua de Enero para el *Brigadier* Orisson ó para los *Coroneles* Indivil y Mandonio.

Y lo que ví, consignado queda ya, no para descubrir nada, pues me consta que personas doctas en eurística histórica saben de las antigüedades romanas de Lécera ésto y más; hágolo solamente por vulgarizar la noticia, por excitar á otros á que nos favorezcan con datos análogos, y por insistir en mi pesado ruego de que las cosas antiguas son para conservadas y estudiadas, no para que sufran vejación ni abandono ni torpes restauraciones.

En Belchite

Nada de particular pude ver en los pocos minutos que me quedaron horros en la cabeza del partido; solo citaré unos canetes muy bien esculpidos—cabezas de león—apeados poco ha del alero de la casa municipal; por la bondad que conmigo tuvo el Sr. Teniente de Alcalde, pude verlos en el desván de la misma Casa Consistorial.

Algún que otro alero queda subsistente en tal cual casa antigua: las construcciones de Belchite como las de Lécera son de un mudejarismo rudimentario.

El monumento principal de Belchite es el cura párroco, un sacerdote muy afable, bien instruido, primoroso en todo: hace preciosas fotografías; dibuja correctamente; la casa que habita es ideada y dirigida por él; suyos son la planta, el alzado, la modesta ornamentación; no le ha falta lo sino trabajar de albañil; el adorno de ella es pobre pero discreto: hay allí á la altura del primer piso unos medallones con bustos de hijos ilustres ó de favorecedores de Belchite: ví entre ellos el de nuestro Arzobispo Fr. Manuel, de santa memoria.

Cuando yo visité la casa parroquial acompañando á mis excelentes colegas el juez Reinoso y el escribano García y Alarcón, quienes iban á advenir un testamento, el señor cura estaba ampliando con lapiz una pequeña fotografía que representaba la capilla de la Virgen del Pueyo, patrona de Belchite.

—Usted no descansa, Mosen.

—Me gusta ésto, es muy distraído: y la capilla lo merece.

—Ya he oído hablar de usted, señor cura, y sé que trabaja mucho y bien.

—Quiero á Belchite ¿sabe usted?

—Sí: sé que varias veces le han ofrecido á usted puntos mejores que el de cura de acá y no los ha aceptado. Usted será de aquí, claro está.

—No señor, soy navarro.

En suma, el cura de Belchite es un hombre que *edifica*.

En Daroca

Vieja ciudad injuriada por la paremiología indígena; deajo aparte la sinrazón de toda mala voz contra las darocanas, pero aun sin esto, dícese que

Si no fuera por el Ruejo
no valdría un abadejo
si no fuera por la Mina
no valdría una sardina
y si no fuera por los Corporales
no valdría dos reales.

Pero no es verdad; solamente la arqueología de Daroca pide un tomo regular, y ese no más que para índice.

Buen favor la hicieron los moros preparando por la Mina el desagüe de las tremendas avenidas que, sin ella, habrían de convertir la Ciudad en una prosaica Atlántida de tierra adentro: y excelente se lo hizo también, en uno de esos trances, el Ruejo, quien, según dicen, bajó con una torrentera, rompió la puerta baja dando así lugar a la salida del agua entivada, y retrocedió luego, subiendo hasta su emplazamiento actual.

Pero voy á lo más importante.

El Santísimo Misterio tiene una Basílica de estilo gótico muy sencillo; hay en ella una capilla de gótico de la segunda época; en la capilla un camarín adornado con regios pendones aragoneses; en el camarín un sagrario dorado y cerrado con tres llaves de las cuales tiene una el cura, otra el alcalde, y no sé quien guarda la tercera; dentro de ese sagrario está el relicario de oro, —regalo de los Reyes Católicos—y, en el relicario, los Corporales con las Santas Formas.

La antigua entrada de la Basílica responde al estilo de su interior; la moderna es un mal pegadizo de estilo neo-clásico; así logré clasificarlo á fuerza de buena voluntad.

En el altar mayor hay un hermoso grupo de escultura, en alabastro, representando la Asunción de María Santísima á los cielos.

En la sacristía y en alguna capilla hay excelentes cuadros de asuntos de Historia sagrada; un grupo, no sé si de Santa Ana y la Virgen ó de la Virgen y el Niño, cuya escultura revela una antigüedad no inferior á ocho siglos; y riquísimos ornamentos bordados primorosamente con seda y oro; un terno vi, entre otros, exactamente igual á uno de los mejores de La Seo de Zaragoza.

Nada digo de la Custodia que el Rey D. Jaime regaló á la Basílica ni de otras ricas joyas del tesoro de aquella iglesia: el actual cura-prior, es un Minotauro en eso de guardar las cosas del templo; tiene acordado que si caen por allí sacrílegos malandrines, lo arrastran á él ó lo queman pero no se llevan ni el óxido de las cerraduras: las alhajas están rigurosamente tabicadas.

En la sala de Ayuntamiento cuya sillería, de muy buena y antigua talla, resulta muy apetitosa para la quera, hay dos viejas banderas de los ejércitos del Rey D. Jaime quien las dió á la Ciudad para honor de la hueste darocaña, porque había sido ésta la primera en asaltar con ellas la torre de Serranos de Valencia.

En la misma casa consistorial hay muy buenos documentos originales procedentes de la Silla Romana y de los Reyes de Aragón, con algunos sellos céreos; muchos de éstos han desaparecido ó están inservibles en absoluto.

En las iglesias de San Juan y San Martín ví dos hermosos retablos góticos—derivación próxima del bizantino,—formados por muy buenas tablas.

Trepando por varios de los empinados callejones que forman con la calle principal de la ciudad una como raspa de pescado, pude ver fragmentos arábigos—dos ó tres ventanas de arco compartido por delgadas columnillas. Y, en el ábside de la iglesia de San Juan, un arco románico en todo análogo —aunque peor conservado y menos esbelto,—al que se halla en el ábside de La Seo, y la Real Academia de San Luis lo hizo copiar en plata al maestro orfebre Gajón para ofrecerlo como premio en nuestros Juegos florales.

Todo ésto y mucho más me propongo ver de aquí á muy pocos meses, pues me siento con vocación de cigarra, es decir, de estudiar platónicamente la arqueología, diplomática y demás cosas notables de Daroca pasando en esta labor «el verano entero».

MICER JUAN EL ZAGUER,

SOBRE LO DE MARRUECOS

(CONCLUSIÓN)

Pasa por axioma en las cancillerías, que la eficacia de la mediación de un mensajero depende en parte principal del poder y crédito que disfrute la nación que le ha enviado; pero también debe aceptarse como axioma, que en bastantes ocasiones depende de las cualidades personales que adornan al embajador. ¿Está nuestro personal adecuadamente dispuesto para que sea útil en la cuestión marroquí?

No: yo no sé qué tal servida estará la nación en materia diplomática, respecto á otros países; si hay hombres de saber y carácter apropiado para representarla en Oriente, en América, etc.: es de suponer que se ponga exquisito cuidado en los nombramientos de embajadores en París, Roma y algunas capitales donde los intereses de España tienen visible necesidad de buena elección; pero, en las demás, el nombramiento no es raro que recaiga en gente improvisada y de escaso prestigio, si no es el que da el dinero para la ostentación, ó el título de nobleza, aunque la casa del noble esté en ruinas y parezca concederse la dignidad para mantenerla á costa de los intereses nacionales. Las filas diplomáticas no es difícil que sean invadidas, de vez en cuando, por individuos incapaces de ejercer otra profesión: el hijo de un noble arruinado que no estima honroso dedicarse á la carrera del comercio ó al ejercicio de algún arte, considera muy honrosas las cuatro ó cinco mil pesetas de sueldo que disfrutan los puestos inferiores diplomáticos; con lo cual sería muy posible que tuviéramos algunos señores muy finos que saben bailar y hacer cortesías, pero maldito lo que han de tener de agentes prácticos, activos, despiertos y vivos para los negocios nacionales.

Lo que sí sé, es que ocurre con mucha frecuencia, si no es siempre, que los que manejan y dirigen las relaciones nuestras con Marruecos, una de las potencias en que se había de poner tanto cuidado, son hombres que desconocen en absoluto la lengua del país, desconocen el modo de pensar de sus habitantes, desconocen su organización religiosa y social, y es imposible que sepan en un momento dado las diversas influencias familiares y políticas que se agitan en la corte del imperio.

Esta falta gravísima ha traído por secuela la necesidad de agentes por completo extraños á la carrera diplomática, ¡como si la cabeza pudiera estar separada de los miembros que le sirven! En esta situación, ha ocurrido lo que indefectiblemente ha de ocurrirles: á los miembros sin cabeza les ha faltado el recto criterio para elegir: unas veces se han dejado guiar de un fraile, muy inteligente, muy patriota, de muy elevadas miras, sí, pero fraile, es decir, persona poco adecuada para tratar ciertos asuntos de moros ni judíos: capaz por sus virtudes de prescindir de sus personales ventajas y las de su orden, mas nunca de su hábito y de lo que éste dignamente reclama. Otras veces se han confiado á persona tan extraña á los moros como los mismos diplomáticos, aunque sin el espíritu de cuerpo que éstos

deben poseer, ni los sentimientos de responsabilidad solidaria. En la cuestión marroquí hay que andar con mucho tiento, es muy fácil engañar, con la mayor buena fe, al gobierno y á la nación, por nuestra ignorancia de la realidad efectiva: es un país vecino, pero está tan lejos como las tribus del centro de Africa.

En resumen: el cuerpo diplomático en esto ha sido un ciego que se ha dejado guiar por un oftálmico, á quien la luz no permite ver sino penosamente el camino.

¿Y dónde está el cuerpo de intérpretes ó truchimanes? Este, que constituye la primera exigencia para tratos con nación cuyos políticos y mensajeros no aprenden ninguna lengua europea, no le tenemos organizado: y ocasiones solemnes y comprometidas se han ofrecido en que nos hemos visto obligados á encomendar los más delicados asuntos á la mediación de un extranjero, que casualmente vagaba por estas tierras, ó á un clérigo moro: personajes muy idóneos para llevar en sus manos la honra de nuestra nación.

Los gobernantes, en lo de Marruecos, participan, además, del confuso y desacertado concepto que el vulgo español tiene formado del asunto. Para ellos no hay otros elementos que preparar, más que los militares; como si, en el supuesto de apoderarnos del imperio, con mandar allí un chafarote ya estuviese arreglado todo. Esta concepción sencilla y tremendamente imprevisora hace que apenas tengamos allí una comisión militar encargada de levantar planos de ciudades y mapas de territorios limítrofes: nada de viajeros científicos y economistas, suficientemente preparados, que examinen las condiciones del país; nada de sociólogos bien dispuestos para enterarse personalmente de la estructura y movimientos de esa sociedad y del carácter de los habitantes de las diversas regiones ó provincias; nada de hombres de ley capaces de estudiar sus costumbres y derecho; nada de atracción de elementos inteligentes y aptos, que viven en Marruecos, como son los judíos; nada de buscar medios para que la comunicación con cierta clase social mora, nos atraiga el cariño ó la adhesión de algunos descontentos; y no quiero decir nada de los renegados españoles que han servido y sirven en el ejército del sultán, porque tales cosas nos revuelven el estómago: los españoles somos de alcurnia tan sublime y elevada que no pescamos nunca con moscas ni otros inmundos bichos: ponemos en el anzuelo diamantes y perlas, para que los peces piquen mejor.

¿Cuándo caeremos en la cuenta de que ante todo necesitamos camisas, es decir, poseer el idioma del país, como medio esencial para enterarnos?

¿Y cómo ha de aprenderse, si ni siquiera aprovecha el gobierno el dinero que se gasta en instituciones de enseñanza que aquí mantiene, dejándonos á los aficionados pasar el tiempo exclusivamente en analizar desinencias de nombre y verbo en los trasnochados textos de las fábulas de Locman, ó los de Calila y Dimna, ó á lo más en investigaciones históricas, cuando el presente reclama otras más perentorias y útiles ocupaciones? ¿No podría establecerse unidad en todos esos elementos, militares, diplomáticos y científicos, armonizando sus trabajos y dándoles mejor finalidad? ¿No podría con esto conseguirse mutua ayuda y viva emulación? He ahí tres ruedas que no engranan: por tanto, la máquina enmoheciéndose en la quietud y el abandono. De esta manera, ni los militares, sean médicos ó no médicos, saben una jota de lengua árabe, con lo que se haría eficaz y provechosa su

habilidad y buen deseo; ni los que estudian árabe se preocupan de aquello para lo que pudieran servir; ni los diplomáticos pueden utilizar elementos dispersos, que por su misma disgregación son ya inútiles; con lo cual la propia diplomacia también resulta inútil.

Todas estas cosas, incumbencia son de gobernantes; y estos solamente se necesitan, ya se quiera ir en son de guerra al imperio de Marruecos, ya en son de paz.

De donde se deduce que el único *statu quo* que se mantiene no es el de Marruecos, sino el de la desorganización de aquí.

Lo peor es que descuido tal nos trae á situación de espíritu horriblemente ridícula: la de creer en los éxitos de nuestra diplomacia, cuando en realidad son inmensos fracasos. La nación, los ministros de Estado y la mayoría de los políticos tuvieron por grande y famosa hazaña la terminación del conflicto de Melilla y creerán también un éxito el salir del incidente de este verano con la fórmula presentada. ¡Bien satisfechos nos mostramos al ver cómo las legaciones europeas en Marruecos firman una nota colectiva y secundan la acción de España, poniéndose á nuestro lado para obligar al sultán á que dé satisfacciones! ¡Gran éxito!

El que no se consuela es porque no quiere. La situación de España en Marruecos me recuerda la facha que hizo el caballero de la Triste Figura en un paseo que dió por las calles de Barcelona. «Pusiéronle el balandrán, y en las espaldas, sin que lo viese, le cosieron un pergamino, donde le escribieron con letras grandes: ÉSTE ES D. QUIJOTE DE LA MANCHA. En comenzando el paseo... admirábase D. Quijote de ver que cuantos le miraban, le nombraban y conocían, y volviéndose á D. Antonio, que iba á su lado, dijo: grande es la prerogativa que encierra en sí la andante caballería, pues hace conocido y famoso al que la profesa por todos los términos de la tierra; si no, mire vuesa merced, señor D. Antonio, que hasta los muchachos de esta ciudad, sin nunca haberme visto, me conocen.»

¡Qué ceguedad de espíritu! Así estamos en Marruecos. Si la unanimidad de pareceres en las legaciones europeas naciera de amistad, simpatía ó cariño que nos profesaran, habría para regocijarnos. Mas no seamos Quijotes: si tanto amor inspiramos ¿por qué nos dejaron solos sin mostrar siquiera lástima ni conmiseración en los más horribles trances y desgracias, por ejemplo, en lo de Cuba y Filipinas? ¡No seamos tontos! ¿Hay motivo para que se regocije un borracho, porque le acompañe numerosa policía á fin de que no arme escandaleras ó camorras por las calles? Pues cosa parecida nos ocurrió en lo de Melilla: las naciones europeas no aconsejaron al sultán el que cediese á nuestras injustas y violentas reclamaciones, sino cuando temieron que alborotásemos el coto, por resultas de grave torpeza cometida por nuestras autoridades.

Lo mismo está ocurriendo ahora: las legaciones de Tánger han firmado nota colectiva recomendando al sultán que ceda á nuestras peticiones, para que temeraria y locamente no apliquemos la cerilla al montón de leña que puso Francia este verano, para que ardiese Europa en la cuestión de Marruecos, ahora que Inglaterra tiene las manos ocupadas en el sur del continente africano.

El necesitar nosotros de todo el peso de la diplomacia europea, para una reclamación al sultán, sólo prueba dos cosas: 1.ª, nuestro descrédito en Europa: nos tienen por cabezas de chorlito, capaces de suscitar un cataclismo por cualquier ni-

ñería; 2.ª, que el sultán nos desprecia, y haría maldito el caso de nosotros si fuéramos solos á pedirle algo importante. Francia, Inglaterra, Italia, los Estados Unidos, etc., se avergonzarían de ir con memoriales dirigidos al emperador de Marruecos con el visto bueno de cualquier otra potencia. ¿No es vergüenza para España verse precisada á solicitar recomendaciones para visitar al sultán de Marruecos y entenderse en negocios que á nosotros dos meramente incumben? ¿No es ignominia no poder presentarse á una audiencia de ese emperador, sin ir pegados á la levita de otras potencias?

¡Valiente triunfo diplomático resulta la unanimidad de las naciones! ¿Tan escasos de mollera estamos ya, que impunemente puedan colgarnos un infame rótulo en la espalda?

¿Y aun nos falta la generosidad y la nobleza del hidalgo manchego? ¿Por qué se ha mandado una comisión militar para que cele la conducta del sultán? Don Quijote nunca hizo el antipático papel de importuno censor.

Por lo más sagrado de los intereses españoles, señores políticos y Sr. Silvela, esto se ha de acabar. V. S. lo dice: hemos perdido prestigio en Marruecos. Dos medios hay para recobrarlo: uno, infundirle miedo; otro, procurar su amistad ó su adhesión. Del miedo quizá hemos abusado en todas las formas sin aprovechar las consecuencias; ahora se necesitaría gravísimo escarmiento para que por temor obedeciese; y en la situación actual de nuestra patria y en los aires que corren por Europa, sería temeridad provocar las ocasiones. En cambio, atraerle y si menester fuera prestarle buenos servicios, no suscitaría ninguna complicación extranjera. Eso pide cambiar en redondo la conducta con el imperio y el sultán: nada de saquear su hacienda y molestarle caprichosamente y sin objeto; hay que enterrar definitivamente el sistema de memoriales recomendados por gente extraña, la cual, teniéndonos por casquivanos, nos concede favores vergonzosos. Tratemos de ser personas discretas y formales, no olvidando cuando menos las camisas.

Y para esto no cabe excusa en los políticos: no es reformar la marina, empresa grave y complicada. Aquí no hay que tomar, según algunos extremos aconsejan, el arranque heroico de licenciar al personal y echar á pique los barcos, para hacerlo todo nuevo. Es labor más fácil y sencilla; y puede ser tan modesta y al parecer tan insignificante, que permita verse libre de apetitos y concupiscencias de los políticos de bajo vuelo: con algo de atención, no muchos gastos, habilidad y tiempo podría irse arreglando. Medios materiales no faltarían: con lo que se gasta en representaciones diplomáticas donde apenas nos importan, ó con el interés del capital que en un año echamos á los perros, v. g. en los irracionales gastos hechos por adquirir más irracionales medios de extinguir la langosta en algunas comarcas, bastaría para tener instrumento adecuado en Marruecos. Ya que no seamos ricos ni fuertes, tratemos de ser hábiles y previsores.

Tampoco pueden excusarse los políticos, al menos para la tarea de irse preparando, con decir que no tienen tras de sí el impulso de un pueblo, porque si se conserva alguna ilusión en el alma de nuestra patria, ésa está puesta en Marruecos; quizá sea el único ideal bien marcado que logre mover el deseo ó ambición de los españoles. Podrá ser el impulso intermitente, la idea confusa y el sentimiento algo ciego; pero la masa, por civilizada que sea, no suele tenerlos mucho más cla-

ros ni constantes; y la tarea de definir, concretar y hacer que la fuerza intermitente se torne continua, corresponde á los políticos y gobernantes.

Tampoco pueden excusarse echándose la culpa mutuamente los partidos que alternan en el ejercicio del poder, pues siendo labor de muchos años el prepararse, es imposible que ninguno de los dos se libre, por lo menos del tiempo en que dirigió los destinos de la patria. El que nada hace, está fracasando siempre. Además ¿no han sabido entenderse para conservar, con patriótico designio, un mismo representante en París, y otro en Roma, durante varias dominaciones? Pues de igual modo hubieran podido ponerse de acuerdo en materia de mucho interés y menor dificultad y compromiso.

Lo único que me para es que el pueblo español está ineducado para esto: es algo duro y nervioso; peca de intolerante (trátese de carlistas, integristas, partidos medios y republicanos, todos son por el mismo estilo); de historia antigua y tradicional y de nuestras relaciones con los moros no conserva más que la memoria de las bizzarrias y proezas realizadas en los campos de batalla; no de los tratos de amistad, ni de la conducta atractiva y tolerante de muchos reyes de Aragón, de Castilla y de Navarra, cuando ayudaban á los mismos príncipes musulmanes; con lo cual éstos de retorno llegaban á constituirse en vasallos suyos; apenas conservamos un débil recuerdo de las distintas formas de ingeniosos y hábiles protectores que ejercimos en distintos y memorables tiempos.

Sin embargo, no estamos ahora tan desvalidos de medios: si la masa del pueblo español de acá ha perdido la costumbre de tratar con los moros, hay otra no insignificante porción, que vive en las ciudades costeras del imperio, á la cual el amor á la vida y el cariño á sus propios intereses le obliga á tolerancia con los marroquíes. Cuiden los políticos de atenderla y utilizarla: es campo que merece cultivo. Piensen que tras una declaración de guerra, el primer palo lo reciben esos españoles.

Cuiden, por fin, de no enfriar, por descuido y abandono, el calor del único ideal que puede mantener excitado el patriotismo español, capaz de hacer olvidar las rencillas regionales; y no malgasten esa fuerza de espíritu que se llama esperanza en los futuros destinos; ni contribuyan á que continúe el emperezamiento y la tristeza en los pechos españoles. Pueblo que se siente inútil é incapaz, se hunde irremisiblemente para siempre.

JULIÁN RIBERA.



EXCURSIONES POR ARAGÓN

La idea

El llamamiento hecho por los Juegos florales de Zaragoza á todas las ciudades aragonesas y aceptado por éstas cuando concurrieron con solemne aparato á la Segunda fiesta de esta Obra, ha despertado en algunos buenos aragoneses la idea de corresponder á tal visita en forma que juntamente fortalezca los vínculos de fraternidad entre las poblaciones de este antiguo Reino, y permita estudiar la historia y la actualidad de Aragón.

Era ya llegada la ocasión de aprovechar un artículo del Reglamento del Ateneo de Zaragoza en donde aparecían proyectadas, siquiera rudimentariamente, tales excursiones; la Sección fotográfica de aquel Centro había de ser agente muy principal de esta labor; organizar esas visitas era empeño muy honroso; y cosa del Ateneo la han hecho sus organizadores.

La primera expedición: Caspe

Convenidos en comenzar devolviendo á las ciudades aragonesas la visita hecha por éstas á la de Zaragoza el día 17 de octubre último, era preciso designar á cual había de ir la primera expedición. Los excursionistas, teniendo en cuenta que un olvido absolutamente involuntario—el extravío de una invitación—había dejado á la comisión de Caspe excluida de uno de los actos aquí realizados en aquellos días, acordó, sin que significase postergación de ninguna otra ciudad, comenzar sus estudios en la Antiquísima, Nobilísima y Fidélísima Ciudad del Compromiso; y señaló para esta expedición el domingo 17 en el tren que sale de Zaragoza á las seis y media de la mañana. La reseña de ella, según mi diario de viaje, vedla aquí.

El viaje

La mañana se presenta fría y cerrada en lluvia: ésto ha retraído á muchos de los alistados: en la estación del Campo del Sepulcro nos reunimos: D. Patricio Borobio, presidente del Ateneo; servidor de ustedes en representación del Cuerpo de Mantenedores de los Juegos Florales, lo cual me obliga á ser mal criado al hacer esta ennumeración: D. Juan Valdivia, Pepe Gascón y Manuel Marraco, aficionados fotógrafos; D. Clemente Herranz, paleógrafo; D. Jerónimo Dolader, director de «La Sinceridad», semanario caspolino, y Juan Fabiani, secretario del Ateneo.

Nos instalamos solos—en cuanto pueden ir solos ocho individuos—, en un departamento de cierto excelente coche de 3.^a, rara excepción de nuestro servicio ferroviario: y el tren echa á andar.

Al pasar por El Burgo vemos la silueta de la Cartuja baja: prometemos visitarla.

El almuerzo es individualista según acuerdo previo. Mis compañeros comienzan á almorzar en Fuentes (no llevan platos): yo me abstengo, por regla de hicie-

ne; me coje desprevenido un dedal de aguardiente que me ofrece Valdivia, y claudico, pero una y no más.

Todos charlan alegremente; Dolader, quien conoce á palmos el país que recorremos, ilustra con sus observaciones el paisaje que vá ofreciéndose ante nuestra vista.

—La Venta de Vivar,—nos dice señalando unas ruinas próximas á la estación de Quinto; ¡cuántas tragedias de robos, asaltos, escondites,... habrán presenciado esos paredones!

—Aquí comienza la Quinta de los Ángeles;—y nos muestra un hermoso y amplísimo olivar por cuyo lado pesamos durante algunos minutos y que acaba, por fin, en un bonito edificio.

Llegamos á La Zaida: el clásico ciego, á quien los viajeros habituales de esa línea llámanlo por el nombre de la misma estación, nos aguarda allí con su violín y sus coplas improvisadas, para las cuales, cuando la musa no está muy á punto, tiene á prevención el socorrido octosílabo

y la Virgen del Pilar

lo cual, según siente el temible Valbuena, nunca puede ser un ripio, porque ¿quién se atreverá á decir que la Virgen del Pilar está de sobra en ninguna parte?

—La cuesta del Soldado,—vuelve á decir Dolader cuando el tren acorta su velocidad.

—Las casas de Romana, propiedad de los Pelayo, de Zaragoza.

—La Val de Amposta.

—La ermita de Santa Quiteria;—nos dice al llegar á la vista de Samper, mostrándonos una Iglesia pequeña y muy esbelta.

Sin luz en el coche pasamos el tunel de Samper. ¡Mal año para la T. B. F.!

La comisión de Caspe

A la Puebla de Híjar han salido á esperarnos, en nombre del Ayuntamiento de Caspe, el Alcalde D. Vicente Sancho y Tobeñas y el Concejal D. Antonio Calved; el médico D. Leonardo Sancho, por atención á su colega Borobio—nuestro presidente—; y D. Santiago Contel (Anitorgis), caspolitano adoptivo y alcañizano de origen.

Las lagunas

Desde el tren vemos, en término de Chiprana, la laguna que llaman «Las Saladas» hoy propiedad del médico Sancho, quien viene con nosotros: este señor me dice que el agua de esa laguna tiene la misma composición cualitativa que la del mar, y mayor cantidad de sales que éste; los naturales del país la han sondado más de una vez con cuerdas bien lestradas, sin hallar su fondo. Antes esta laguna era propiedad de Chiprana, con la obligación de abastecer de sal algunos pueblos próximos, pues la riqueza de aquella agua es tal que la mano mojada en ella, al secarse, queda sensiblemente tapizada de sales.

Pasamos luego junto á otra laguna de agua dulce llamada Salabrosa, de poco fondo y contornos irregulares, origen de epidemias de paludismo. Varias veces se ha tratado de desecarla, lo cual sería fácil y muy ventajoso para la salud pública; el expediente duerme en Gobernación, bien empapelado en informes técnicos muy

favorables, pero ineficaces para traer á realidad el asunto. ¡Mal año para la antigua Casa de Correos!

Llegada á Caspe

En la estación nos aguarda el Ayuntamiento en pleno y los demás prohombres de la Ciudad: nos avergonzamos de ser tan poca cantidad y calidad para tanto recibimiento, pero no está en nuestra mano remediar estas insuficiencias.

En la Casa del Ayuntamiento

Es un edificio de muy buen aspecto; sus puertas exteriores, bien talladas, contienen escenas históricas (creo que de la batalla de Alcoraz) y alegorías también históricas: son obras de mitad del siglo XIX y las hizo el artista caspolino Manuel Albareda.

Otra puerta famosa encontramos en la Alcaldía: es un arco de piedra en cuyas enjutas van dos escudos cromados; era la entrada de la Sala de armas del Castillo en la cual deliberaron los compromisarios de Caspe: para salvarla de la ruina acordó el Ayuntamiento trasladarla á donde actualmente se encuentra.

En las paredes de la Sala capitular del Ayuntamiento hay un buen cuadro representando el sermón de San Vicente Ferrer en el Compromiso; una copia de *La Perla de Rafael*; un retrato del general Delatre,—nativo de Caspe—; el diploma de concesión del título de Ciudad á la antigua Villa de Caspe—documento muy primoroso colocado en un buen marco; en el margen inferior de la cartulina se lee por letras muy visibles «Regalo del diputado D. Francisco Perez».

En el testero se ven los escudos de Caspe y Zaragoza.

En lugar preferente se ostenta desplegada la Señera municipal; es una bandera española y lleva en el centro, bordadas en Caspe, con seda cosechada allí mismo y por manos indígenas, el blasón de la Ciudad; es cuartelado: primero, segundo y cuarto, cabeza de moro degollada, sobre azur; tercero, los cuatro palos de sangre sobre oro; corona de Pedro IV.

A cada lado del balconaje que cierra el estrado presidencial osténtase una de las mazas que el Ilustrísimo Ayuntamiento lleva delante de sí en los actos solemnes; son dos palos de algo más de un metro, rematados en macollas cada una de las cuales está adornada con tres sirenas y termina por el escudo de la ciudad, coronado como en la Señera; todo de bronce plateado.

Allí mismo somos obsequiados con pastas y licores: inmediatamente comenzamos á recorrer la ciudad.

Pregunto en dónde están la mesa en donde fué firmada el acta del Compromiso y una de las sillas en donde se sentaron los nueve jueces, pues tengo noticia de que ambos muebles se guardaban en la ciudad; D. Paulino Montolí,—un patriarca de Caspe,—me dice que en 1838 la milicia nacional quemó la silla y echó al fuego la mesa, la cual se salvó en parte porque D. Francisco de Miguel, procurador de la ciudad, prometió á cada uno de los que hacían la guardia un chorizo y un jarro de vino. El mismo D. Miguel se llevó á su casa el mueble, ya quemado en parte, y con él hizo una mesa más pequeña. Después sus herederos la vendieron por mil reales á un anticuario; pero los cuatro florones de las esquinas de

la mesa primitiva los había regalado D. Miguel al boticario D. Mariano Uriol y ésos no fueron vendidos entonces, pero no se sabe dónde paran actualmente.

La antigua casa de la Villa

Está en un rincón de una pequeña plazuela; vemos en ella una puerta ojival y sobre ésta dos pequeños escudos en piedras de forma de adarga; el de la derecha de la puerta tiene por empresa un monte coronado por dos brotes de pino unidos en las raíces y con tres ramas hacia cada lado; el otro escudo muestra la cruz antigua de San Juan, llana y de brazos iguales.

En el interior de la casa se vé una galería de arcos ojivales trilobados, macizada hoy en parte y estropeada del todo por moderna y vulgar edificación.

La infanzonía

Bajamos la rampa desigual y resbaladiza que nos ha llevado hasta este viejo edificio, y volvemos á subir otra de igual calidad por donde damos en el barrio que llaman de la Infanzonía; en lo antiguo, los allí nacidos tenían calidad de infanzones, para honrar la memoria de San Indalecio, nativo, según tradición, de una de aquellas casas: el Alcalde nos la muestra; junto á ella, un arco ojival, parte, al parecer, de otra galería, induce á pensar que aquella era la entrada del barrio, nos dicen que, junto al arco, había una hornacina, en ella una imagen del Santo, y que aquello era lugar de asilo.

Pepe Gascón hace una instantánea del arco y de los caspolinos, caspolinas y excursionistas que caen dentro del «gran ángulo» del objetivo.

Sobre un pobre dintel vemos allí una lápida con esta inscripción—Año 1694—rodeada por una moldura. No sé lo que quiere decir, pero la copio.

Visitamos luego la ermita de San Indalecio: es una pieza cuadrada, baja de bóveda. Frente á la puerta está el altar único, adosado á un retablo barroco muy recargado; en la hornacina central está San Ildefonso: á su derecha hay una escultura de San José, á la izquierda una media escultura de San Cristóbal; de una de las columnas salomónicas del retablo cuelga una estampa de la aparición de la Santísima Virgen del Pilar al Apostol Santiago, edición muy rara; en las paredes laterales dos grandes cuadros antiguos representan la translación de las reliquias de San Indalecio.

Paisaje

Bajando desde esta ermita venimos á dar en una meseta desde donde se domina la vega de Caspe: vemos allí las ruinas del puente que cruzó el Guadalope.

—¿Y ahora no hay otro puente?—preguntamos.

—No señor; no puede pasarse el río sino vadeando.

En Santa María

Vamos á Misa de once á Santa María: la iglesia está llena: la mayor parte de las mujeres del pueblo usan el traje clásico del país, uno de los más airoso de Aragón.

Entramos en la sacristía baja que á la vez es archivo parroquial: allí está el Cura párroco y arcipreste Mosen Ginés Ginés quien nos recibe muy cariñosamente y se dispone á enseñarnos cuanto bueno contiene su Iglesia.

Esta es grande, de cinco naves: su fabrica es de piedra y su estilo el gótico desde el siglo xiii hasta el xv. La parte más sencilla es la más próxima al presbiterio: desde los púlpitos hasta la puerta el estilo es ya más florido.

Las bóvedas están adornadas con pequeños rosetones en donde se ven cruces flechadas—modernas de San Juan—y escudos nobiliarios.

En la sacristía baja hay una escultura de San Sebastián—patrono de Caspe—de gran mérito artístico. La trajo de Madrid el Conde de Quinto, valido, en algún tiempo, de Fernando VII; pero quedó peor que arrinconada, como trasto viejo, en un corral de la casa del señorón. Enfermó éste y lo visitó el mejor médico que había entonces en Caspe: llamábase D. Sebastián.

Curó su enfermedad el prócer y, empeñadamente, reclamó al buen físico la nota de sus honorarios; negóse el otro con insistencia y, por último, pidió al de Quinto aquella escultura de su santo patrono que él veía todos los días tirada en el corral, donde dejaba el caballo. El de Quinto accedió gustoso, D. Sebastián se llevó la escultura, curó los vejámenes del abandono con mayor facilidad que había sanado de dolencias al Conde, al morir la dejó á la iglesia, y ahí está.

Fué gran patricio el conde de Quinto para su ciudad de Caspe: por él tiene ésta en el Colegio de Franciscanos parte de la verja que circundaba á la Universidad de Alcalá, y por campanas aquellas mismas que Cisneros hizo para la Complutense con bronce, de cañones famosos.

Quadros

Un retrato de D. Juan Fernández de Heredia, gran Maestro del orden de San Juan y fundador del capítulo de Sanjuanistas en Caspe (ocho caballeros y 24 beneficiados).

Una cena que cubre el centro del retablo en la capilla del Santísimo es de gran mérito: su composición se caracteriza por una originalidad rara en este asunto cuyas figuras y cosas son tan obligadas que apenas puede hacerse sino seguir á Juan de Juanes ó á Vinci, lo cual han hecho casi todos los pintores que se han visto en la necesidad de afrontar ese problema.

Enterramientos monumentales

En la capilla del Carmen está el de D. Martín García, canónigo de La-Seo y después obispo de Barcelona; sobre el sepulcro está la estatua yacente, y en el muro de la cabecera esta inscripción.

Prelim Martinus tumulo requiescit in isto
García Caspensis gloria luxque soli
Inquisitor Christi fidei verbisque sacratis
eximius prece canonicusque simul
Singula que postquam conspicit omnia Christi
Pollicitis fidem astra pollut omnes
Anno MDXXI vij Martii

En otra capilla del mismo lado está alzado hasta seis metros de altura sobre delgadas columnas el sepulcro del ya dicho maestro Fernández de Heredia: apóyase sobre dos grandes canetes figurados; los lados visibles están primorosamente esculpidos con hornacinas en donde se contienen pequeñas parejas de encapuchados

monjes. La estatua yacente que va encima del sepulcro tiene mutilado el semblante; en un rincón se ven trozos de piedras armoriales que han debido pertenecer al mismo sepulcro.

Este enterramiento es quizá la mejor pieza artística que tiene Caspe: sólo puede ser comparado al de D. Lope Fernández de Luna existente en la parroquia de San Miguel de La-Seo.

El sepulcro del maestre Heredia está vacío: alguien creyó atentatorio á la libertad el que los huesos del fundador estuviesen encerrados allí, y tanto los liberó que no han vuelto á parecer.

Otros dos enterramientos llanos hay en el centro del presbiterio: una inscripción puesta en bordura dice que aquellos son un señor de Luna y su mujer, pero no logramos sacar más noticias de aquella leyenda, borrosa ya por las pisadas.

Ornamentos

Un hermoso terno con gremial—prenda cuyo uso tienen pocas iglesias si no son catedrales ó colegiatas;—está restaurado con primor.

Dos casullas de terciopelo, también restauradas, una morada y otra roja, las cuales pertenecieron al obispo D. Martín García.

Otros ornamentos bordados con seda obtenida y trabajada en Caspe.

Alhajas

Un *lignum crucis*, de uso particular [del Papa Gregorio XI en su oratorio de Avignon. Restituído á Roma este Pontífice en las galeras del maestre Fernández de Heredia, regaló á éste la santa reliquia; es un trozo de *lignum* en forma de cruz de brazos iguales de cerca de quince centímetros cada uno: sera quizá la porción más grande que de la Vera Cruz haya, fuera de la que existe en Roma: el leño va engarzado en oro, y encerrado entre cristales de roca engarzados también en una hermosa cruz gótica de plata labrada.

El párroco, revestido con sobrepelliz y estola, nos ha dado á adorar esta santa reliquia, la cual se guarda dentro de un tabernáculo y sobre un pedestal de mármol de Génova trabajado según el estilo del Renacimiento.

Hay además: un caliz, el cual fué usado en la Misa solemne de la conclusión del Compromiso: es de plata y lleva en la copa cuatro esmaltes, en el nudo seis y en el pie tres: los unos son hojas pentalobadas, los otros tres del nudo son tres evangelistas, y los restantes son blasones con tres torres de gules sobre oro (Fernández de Heredia). La patena lleva en el centro de su cara superior un busto del Salvador, en esmalte.

De la misma marca de orfebrería y de igual estilo que el caliz es una cruz sobre la cual, según tradición insegura, juraron los compromisarios: la macolla en que remata inferiormente es posterior (Renacimiento).

Posee además la iglesia diez cálices, varios relicarios y dos bustos de plata de Santa Ursula y Santa Sofía.

Exterior de la iglesia

A la fachada principal se llega por una gran escalinata: la portada está casi toda destruída: divide la puerta un pilar con la estatua de la Santísima Virgen, todo de piedra arenisca bastante deleznable: esa imagen no ha variado nada nota-

blemente desde el Compromiso acá; las estatuas del Apostolado existentes á una y otra parte han desaparecido casi totalmente.

En otro muro, junto á una puerta accesoría, se ve una piedra armorial que, por llevar un creciente vuelto hacia abajo y una pera con hojas, alguien la interpreta «Pedro de Luna;» no lo creo así: y para ello me refiero á los escudos del testarudo cardenal de Peñíscola existentes en La-Seo.

Por defuera la bóveda de la iglesia es toda de piedra pero no abovedada sino plana: por encima de ella pueden pasear perfectamente muchas personas á la vez: en días aciagos, el Ejército la ha utilizado para emplazar cañones, aunque eso no sea muy canónico.

Miguel Agustín Príncipe

Hemos preguntado al Sr. Cura si consta en su archivo el nacimiento del poeta aragonés Miguel Agustín Príncipe: y Su Reverencia nos contesta obsequiándonos con un testimonio de la partida bautismal. Hele aquí: «En la iglesia parroquial de Cespe, á diez y seis de Octubre de mil ochocientos once; Yo, M.^o Josef Luna, Regente, bauticé, según lo dispuesto por Ntra. Sta. M.^e Iglesia, un niño, hoy nacido á las tres de la mañana, y es el segundo de los hijos de este matrimonio, hijo de D. Pedro Romualdo Príncipe, natural de Escatrón, y D.^a Juana María Viand, natural de Madrid, cónyuges, nuestros parroquianos. Impúsosele por nombre *Miguel Agustín*. Son sus abuelos paternos: D. Mateo, natural de Tortosa, y Francisca Díez, natural de Escatrón: maternos: D. Eustaquio, natural de Provenza y D.^a Magdalena Oller, natural de Brull en Cataluña. Fueron padrinos: Don Agustín Cortés, natural de Caspe y Michaela Jordán, natural de Letux, á quienes advertí el parentesco espiritual que habían contraído y la obligación de enseñarle la doctrina cristiana en defecto de sus padres: y por ser así lo certifico y firmo.—Francisco Miguel, prior curado.—Rubricado.—(Lib. 15, fol. 158.)

Al Castillo

Visitamos después las ruinas del Castillo en donde sólo quedan dos salas cubiertas con bóvedas góticas en las cuales se verían hermosos rosetones armoriales, si no estuviesen embadurnados con varias capas de humo, pues hace años que allí se alojan los pobres transeuntes y aquello es una perdición.

De allí pasamos á ver lo poco que resta de la Sala de armas y es una jamba de ventana y dos escudos sanjuanistas; lo demás está derruido: los locales que estuvieron contiguos á aquél, son hoy Cárcel del Juzgado de instrucción.

Detalles de arte

Frente á la iglesia nos fijamos en dos estrechas ventanas góticas, de arco trilobado, separadas por una columna delgada: es lástima que las hayan cubierto con cal.

Sobre un balcón inmediato á ese ventanal hay una lápida cuya significación me gustaría conocer: es de este modo:

En el ángulo superior derecho (de la lápida) dice «JHS»; debajo se ve una pequeña iglesia con una torre; en el ángulo izquierdo dice «1494» y debajo hay un castillete con dos torres: en el centro de la piedra hay un gran castillo de tres

torres como el de las armas de los Heredias: y debajo, en dos líneas, dice

«AÑO

1799»

Por el lado inferior de la piedra corre una moldura; todo en bajo relieve. La lápida tiene aproximadamente 0,80 de larga y 0,60 de alta.

La comida

Volvemos á la Casa de la Ciudad en donde nos aguarda la comida oficial con la cual Caspe obsequia á sus huéspedes: estamos 50 comensales, en tres grandes mesas; dá la bendición el señor Cura, y comenzamos la parte menos artística de nuestra tarea.

Durante la comida, la rondalla de Caspe ejecuta preciosas composiciones.

Al destapar el champagne el Alcalde ofrece el banquete á la Comisión del Ateneo y del Cuerpo de Mantenedores: en nombre de todos los expedicionarios, Borobio, nuestro presidente, pronuncia un discurso entusiasta y efusivo; yo, en nombre del Cuerpo de Mantenedores de los Juegos Florales entrego al Alcalde los seis primeros ejemplares del cartel de convocatoria para 1902, en el cual han firmado los alcaldes de todas las ciudades aragonesas. El médico Sancho pide á los excursionistas que hagan constar que es de Caspe la gloria de haber sido cuna de Miguel Agustín Príncipe, y al Alcalde que se digne proponer la colocación de una lápida en la casa donde nació el fabulista. S. S. dice que así lo propondrá, y yo, metiendo de nuevo la cucharada, prometo que la REVISTA DE ARAGÓN satisfará los deseos del Sr. Sancho publicando la partida de bautismo de D. Miguel Agustín.

Los comensales piden con empeño que hable Pepe Gascón, y éste les complace con un discurso breve pero preciosamente dicho.

Hablan también los Sres. Contel, Calved Anós, Reis, Dolader, Herranz, y, finalmente Mosen Ginés dá gracias y reza un *Padre nuestro* por los caspolinos difuntos.

La rondalla

Entra la rondalla formada por D. Eusebio Campos, director, D. Alberto Catalán, D. Emilio y D. Luis Julve, D. Antonio Piera y D. Manuel Galán, y toca la jota. Felipe Pallás con hermosísima voz, nos dedica buen número de cantas muy cariñosas para Zaragoza y para los excursionistas.

Fotografía

Valdivia quiere retratar un grupo en la plaza, y allá nos vamos todos los comensales enmedio de una multitud de caspolinos quienes, frente á la Casa de la Ciudad, han estado aguardando nuestra salida.

Cap á casa

De allí vamos á ver el depósito de aguas del pueblo, sus caños muy bien acondicionados; Pepe Miravete nos enseña un arco y dos escudos del derruido castillo que con licencia del Municipio los ha puesto en la entrada de su finca construída el año pasado bajo la dirección del arquitecto zaragozano Luis de la Figuera, y, ya entre dos luces, marchamos á la estación en donde nos despiden nuestros buenos acompañantes de todo el día. Oyense vivas á España, á Aragón, á Caspe, á Zaragoza, á los Juegos Florales, al Ateneo; arranca el tren, y volvemos á Zaragoza, compadeciendo á los que se quedaron y trazando planes para la segunda expedición.

J. MONEVA Y PUYOL,

Profesor en la Universidad de Zaragoza.





ÍNDICE

DE LOS TRABAJOS CONTENIDOS EN ESTE SEGUNDO TOMO DE LA REVISTA
(AÑO 1901) ARREGLADO POR ORDEN ALFABÉTICO DE AUTORES

- Alqueces** (El Dr.). *Salvemos nuestras viñas*, página 193.
- Asín** (D. Miguel). *El filósofo autodidacto*, páginas 25, 57 y 89.—*El filósofo zaragozano Avempace*, págs. 244, 304 y 348.
- Bardaviu** (D. Vicente). *Fray Diego de Murillo*, pág. 293.
- Baselga** (D. Mariano). *El barbo de Utebo*, páginas 2, 33, 65 y 101.
- Borobio** (D. Patricio). *Por los niños de Zaragoza*, pág. 47.
- Brayer** (El Dr.). *¿Patriotismo ó cuquería?*, página 53.—*¿Patriotismo ó vanidad?*, pág. 85.—*¿Patriotismo ó necesidad?*, pág. 115.—*Jardines y paseos en Zaragoza*, pág. 142.—*A la chinesca*, pág. 217.—*Bibliografía*, págs. 255 y 319.—*El vicio de censurar*, pág. 257.
- Campo** (Juan del). *Miscelánea agrícola*, pág. 92.
- Casañal** (D. Alberto). *El trabajo*, pág. 307.
- Celorrío** (D. Sixto). *Filosofía baturra*, pág. 43.—*Cuentos baturros*, pág. 234.
- Codera** (D. Francisco). *Expedición á Pamplona de los Condes Eblo y Aznar*, pág. 48.—*El goda ó moro Ainzón*, pág. 106 y 148.—*Rectificaciones á la historia árabe pirenaica*, pág. 172.
- García Arista** (D. Gregorio). *Bibliografía*, página 222.
- Gómez Salvo** (D. Vicente). *La próxima epidemia de viruela en Zaragoza*, págs. 133, 165, 204, 236, 278, 304 y 330.
- Grafflinks** (El Dr.). *La filosofía en el siglo XIX*, págs. 45, 37, 70, 114, 138, 180, 200, 225, 262, 309 y 370.
- Ibarra** (D. Eduardo). *Lo que se habla y lo que se publica en Zaragoza*, pág. 49.—*Bibliografía*, págs. 93 y 222.—*Los que venden el voto y los que lo compran*, págs. 104 y 129.—*El derecho mercantil en la primitiva legislación aragonesa*, pág. 161.—*La reforma de los estudios históricos en nuestra enseñanza universitaria*, págs. 252 y 269.—*La constitución del Ayuntamiento de Zaragoza*, pág. 334.
- Isábal** (D. Marcelliano). *El impuesto de consumos sobre el vino*, pág. 290 y 365.
- Juncosa Molins** (D. Julio). *Tendencias económicas del municipio contemporáneo*, pág. 154.—*El peñón de Gibraltar*, pág. 245.
- Mariscal** (D. Leandro). *La capitalidad militar en Zaragoza*, pág. 41.—*El verdadero final de un cuento*, pág. 266.
- Moneva y Puyol** (D. Juan). *España y la América española*, pág. 97.—*Bibliografía*, páginas 124, 249 y 282.—*Monumentos en Zaragoza*, página 298.—*Algazel*, pág. 340.—*Excursiones por Aragón*, pág. 385.
- Navás** (P. Longinos). *Nueva sociedad científica*, pág. 367.
- Pano** (D. Mariano). *La familia de Miguel Serret*, págs. 449 y 451.—*El fuero de Monzón*, pág. 214.
- Pascual** (D. Toribio). *Los valores locales*, página 6.
- Paulino**. *Curiosidades*, página 122. *Variedades*, pág. 157.—*La mariposa*, pág. 176.
- R.** *Zaragoza á fines del siglo XVIII*, página 80.—*Bibliografía*, pág. 159.—*Carta de donación hecha por Pedro I al monasterio de S. Victorán*, pág. 187.
- Ramón y Cajal** (D. Santiago). *Recuerdos de mi vida*, pág. 324 y 355.
- Ribera** (D. Julián). *Aun andan falsarios por el mundo*, pág. 186.—*La cuestión de Marruecos*, pág. 196.—*Bibliografía*, pág. 235.—*Sobre lo de Marruecos*, págs. 315, 314 y 380.
- Río** (J. del). *Muertes por insolación*, pág. 217.
- Rodríguez** (D. Anacleto). *El movimiento intelectual en Zaragoza*, pág. 189.—*El pantano de Mezalocha*, pág. 231.
- Ruiz de Velasco** (D. Eduardo). *Cantigas*, página 61.—*Juego de palabras*, pág. 339.
- Sánchez Pérez** (D. J. A.). *Escenas domésticas y populares*, pág. 23.—*Escenas populares*, pág. 77.
- Soler** (D. Juan Pablo). *La historia natural en Zaragoza*, pág. 74.
- Z.** *Cuentos infantiles*, págs. 110, 135, 170, 208, 240, 274, 318 y 343.
- Zaguer** (Micer Juan El). *Bibliografía*, pág. 285. *Antigüedades aragonesas*, pág. 377.



Soluciones á los Pasatiempos
del número de Octubre

AL JEROGRAMA

El cantar aragonés
se parece á un telegrama
porque encierra un pensamiento
en quince ó veinte palabras.

* * *

AL JEROGLÍFICO

Quien nó miente, no viene de buena gente

* * *

AL CAPRICHIO

Secreto de dos, secreto de Dios;
secreto de tres, del diablo es.

De Zaragoza nos viene la luz
mas intensa, perfecta y barata de todas las conocidas hasta la fecha por medio del

DIA

mechero á incandescencia para el gas de hulla, de construcción ideal; consume 225 litros por hora y da de 250 á 300 bujías de intensidad lumínica, como lo testifican las pruebas científicas.

P. BALAGUER ESPÍN, representante

PRUDENCIO, 17, ZARAGOZA

REMITE PROSPECTOS GRATIS EN LOS QUE SE DEMUESTRA

El Triunfo del Alumbrado de Gaz

J. Cano DENTISTA

Cerdán, núm. 2, pral. deha.
(PRÓXIMO Á LA AUDIENCIA)

Zaragoza

Especialista en la extracción de dientes y muelas sin dolor y colocación de piezas
artificiales por todos los sistemas y

EMPASTES

ORIFICACIONES

DR. J. GUALLART

OCULISTA

D. Alfonso I. 7, entresuelo

ZARAGOZA

ACADEMIA SALDUBENSE
MAYOR, 40, PRINCIPAL

*Bachillerato, Ciencias, Letras, Derecho,
Teología, Filosofía e idiomas*

Los alumnos serán matriculados
en enseñanza oficial

INTERNADO PARA ESTUDIANTES DE FACULTAD

Clases especiales de ingreso y repa-
sos para los exámenes de Septiembre.

NOTA.—El edificio está muy próximo al
Instituto y Universidad, para que con mayor
comodidad puedan los estudiantes ser acom-
pañados á los establecimientos oficiales á la
ida y al regreso de sus clases.